

Agosto 24/1 1871

PIO IX.

HISTORIA DOCUMENTADA DE SU VIDA

Y DE LOS VEINTE Y CINCO PRIMEROS AÑOS DE SU GLORIOSO PONTIFICADO,

con un razonado juicio de los acontecimientos religiosos, políticos y sociales
de la época,

RELACIONADOS CON EL CATOLICISMO,

Y UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS TRES SITUACIONES DEL MUNDO,
CORRESPONDIENTES AL NACIMIENTO DE ESTE GRAN PONTÍFICE, Á SU ELEVACION A LA SEDE
ROMANA

Y Á LA INVASION DE LA CAPITAL DE LA CRISTIANDAD.

OBRA ESCRITA

POR LOS REVERENDOS

D. EDUARDO MARÍA VILARRASA,

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion de Nuestra Señora
en Barcelona,

Y

D. EMILIO MORENO CEBADA,

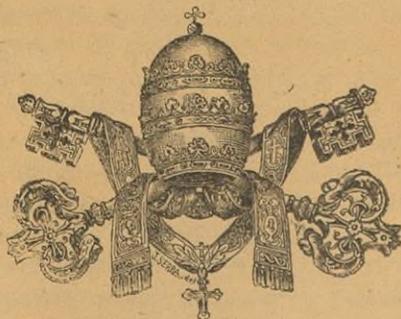
doctor en sagrada Teología :

AMBOS EXAMINADORES SINODALES DE VARIAS DIÓCESIS, Y AUTORES DE ALGUNAS OBRAS
RELIGIOSAS Y CIENTÍFICAS.

ESPLÉNDIDA EDICION

ILUSTRADA CON PRECIOSAS LÁMINAS GRABADAS SOBRE BOJ

REPRESENTANDO LOS ASUNTOS TRATADOS EN LA OBRA.



BARCELONA :
IMPRENTA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA
DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,

CALLE DE ROBADOR, N.º 24 Y 25.
1871.

Entregas 9 y 10.

L47
2852

PIO IX.

HISTORIA DOCUMENTADA DE SU VIDA

Y DE LOS VEINTE Y CINCO PRIMEROS AÑOS DE SU GLORIOSO PONTIFICADO

por el Sr. D. Eduardo María Villarasa

RELACIONADOS CON EL CATOLICISMO

Y UN BREVE DESENGAÑO DE LAS TENDENCIAS DE SU PONTIFICADO EN RELACION A LA BERBERÍA Y A LA REVOLUCIÓN DE 1848

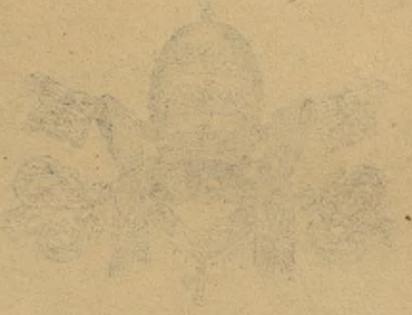
OBRA ORIGINAL

CON UNOS DIBUJOS

D. EDUARDO MARÍA VILARASA

D. EMILIO MORENO CEBADA

REPRESENTADA EN



BARCELONA

IMPRESA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA

DEL SEÑOR D. EMILIO MORENO CEBADA

1871

CAPÍTULO VII.

GREGORIO XVI.—RELACIONES DEL ARZOBISPO DE ESPOLETO
CON AQUEL PONTÍFICE.—SU TRASLACION Á LA SILLA DE IMOLA Y ELEVACION
AL CARDENALATO.

AL estallar en Francia la horrorosa revolucion de fines del pasado siglo, de la que hemos dado minuciosos detalles en capítulos anteriores, un jóven de excelentes cualidades, dotado de alma grande, que habia abrazado el instituto de los Benedictinos Camaldulenses en la capital del mundo cristiano, estudiaba con asiduidad la marcha de los acontecimientos que con tanta rapidez se sucedian, ganoso de presentarse en batalla con el osado jansenismo, que no cedía un punto en su propósito de minar todos los tronos, de echar por tierra la autoridad de la Santa Sede, y de arrastrár los pueblos á la mas funesta anarquía así en el órden religioso como en el político.

Nos referimos al célebre monje Fr. Mauro Cappellari, que mas tarde habia de ocupar el solio pontificio con el nombre de Gregorio XVI.

En 1789, cuando aun no habia llegado á los veinte y cinco años de edad, fue nombrado profesor de teología en su Órden, y al terminar el siglo, que se despidió entre un inmenso océano de horrores, dejando por herencia á su sucesor las mas disolventes é impías doctrinas, era ya un escritor famoso. Á tal título le hizo acreedor su notable obra *El triunfo de la Santa Sede, ó los novadores modernos combatidos con sus propias armas*.

Bien quisiéramos, y por cierto no dejaria de ser de utilidad en la época que atravesamos, hacer un detenido exámen de esta obra, compuesta contra Tamburini y los demás jansenistas de Italia, y aun reproducir algunos de sus bellísimos trozos, tan llenos de purísimas doctrinas; empero tenemos ante la vista un vastísimo campo que recorrer, y en las narraciones que á grandes rasgos venimos haciendo de los pontificados que se sucedieron desde el nacimiento del ilustre Mastai Ferretti, hasta su advenimiento á la cátedra de

san Pedro, no llevamos otro objeto que colocar los cimientos de la obra que emprendemos, porque es necesario que el lector conozca á fondo todo cuanto viene siendo objeto de nuestro relato, para que de esta manera sepa apreciar en su verdadero valor los hechos del gran pontificado de Pío IX. Nos concretaremos, pues, á reproducir algunas líneas que un apreciable escritor consagra en elogio de *El triunfo de la Santa Sede*.

«Hállanse en dicha obra descripciones tan tiernas de los afanes experimentados por el Pastor Supremo, que inducen á sospechar que Cappellari debió haberlos sentido (1). El autor emite sus pensamientos acerca de la naturaleza del gobierno y de la inmutabilidad de la Iglesia. Despues de demostrar la soberanía de los Pontífices romanos por medio de la razon, de la tradicion y de la historia, explica el comportamiento de Gregorio XII en la época del concilio de Constanza, y se ocupa de varias cuestiones relativas á esta asamblea. Al fin de la primera parte de su obra, el P. Cappellari descubre la tendencia de los jansenistas á establecer la soberanía del pueblo al despojar al Papa de la parte mas importante de su primacía, y al reducirle á la nueva condicion de jefe ministerial. La segunda parte, ó sea el tratado acerca de infalibilidad pontificia, contiene veinte y seis capítulos, en los cuales se exponen las pruebas de esta infalibilidad y se contesta á las objeciones que á ella se hacen. La obra termina con una punzante advertencia de un jansenista á los protestantes, tras la cual sigue la consiguiente respuesta, y con una demostracion de los puntos de contacto que existen entre una y otra secta. Las selectas pruebas, las sábias reflexiones y las luminosas discusiones en que abunda esta obra son propias para interesar en alto grado á todos los católicos. *El triunfo de la Santa Sede* abrió al P. Cappellari las puertas de la Academia de la Religion católica, siendo uno de los primeros de sus individuos que ofrecieron á la misma el tributo de sus vigilias. Al refutar los sofismas de los racionalistas, ora prueba la existencia de Dios por el consentimiento general de los pueblos; ora establece que la ley natural prescribe tributar á Dios un culto exterior designado con el nombre de religion. Reivindica para el Mesías la profecía de Daniel sobre las setenta semanas, y demuestra que la religion cristiana debe ser y es esencialmente una en sus dogmas y en su moral. Defiende la verdad de la creacion del defecto de irregularidad que se pretende oponer como inconciliable con los atributos de Dios (2).»

Tan profundo é incontestable era el razonamiento del sábio monje, que los jansenistas, satisfechos con calumniarle de mil maneras, no se atrevieron á refutarle, temerosos de una nueva derrota.

Cuando reseñemos la situacion del mundo al advenimiento de Pío IX al trono pontificio, verémos de qué modo las sociedades secretas venian trabajando por alcanzar el resultado obtenido ya en gran parte, cual es la ruina de los tronos, y muy especialmente el temporal del romano Pontífice. Los revolucionarios de todos los tiempos parece que poseen un imán con que atraer á los pueblos. Y se comprende fácilmente, toda vez que la primera palabra que sale de sus labios es la de igualdad. ¡Qué bien han explotado esta frase! Los hombres honrados, aun aquellos que poseen menos instruccion, deben

(1) El escritor se refiere á su creencia, que antes ha manifestado, de que el autor de la obra no fue extraño á la última edicion de la misma, hecha en Venecia en 1832, despues de la exaltacion de Gregorio XVI, en la cual debió consignar el resultado de las reflexiones hechas en edad mas madura.

(2) Artaud de Montor: *Historia de los Soberanos Pontífices romanos.—Historia de Gregorio XVI.*

comprender que cuando los modernos reformadores dicen á los hombres: «*Todos sois iguales,*» falsean el verdadero principio evangélico acerca de la igualdad. Todos los hombres somos iguales ante la presencia de Dios. Jesucristo, que murió por todos, que extendiendo sus brazos en el árbol de la cruz abrazó á la humanidad entera, estableció su Iglesia, puerto seguro de salvacion, y admite á la participacion de sus Sacramentos lo mismo al pobre que al rico, al monarca como al menestral, al sábio como al que no tiene el menor conocimiento de las ciencias. Allí, en la presencia del Señor, en la participacion de sus dones celestiales, se halla la verdadera igualdad: es mas grande y mas elevado aquel que mejor corresponde á los beneficios recibidos y que mejor practica las virtudes. Pero ¿se ha de inferir de esto que deba aceptarse la igualdad predicada por las revoluciones modernas, que no es otra cosa que el desprestigio y la ruina de toda autoridad?

El buen criterio la rechazaria, si los mismos Libros santos no la condenasen. «*Por mí reinan los reyes,* ha dicho el Señor, y los legisladores decretan lo que es justo (1).» Y san Pablo nos ha dicho que «*toda potestad viene de Dios,* y que á la ordenacion de Dios resiste el que resiste á la potestad (2).» El Omnipotente, que gobierna el universo en peso, número y medida, ha dispuesto muy sábiamente la diversidad de fortunas y las jerarquías sociales para el bien de los hombres. Si así no fuese, el órden social no podria existir, y necesariamente vendríamos á parar al estado de salvajismo, y no otra cosa se han propuesto los socialistas, de lo que podríamos presentar recientes y lamentables ejemplos. ¿Qué hombre que estime su dignidad de tal, que no haya llegado á un estado de vergonzosa abyeccion, puede aceptar tales sistemas?

El P. Cappellari, defendiendo con valor la autoridad de la Santa Sede, pulverizaba los miserables sofismas de los que habian formado el proyecto de concluir con toda autoridad; y esto es lo que no pudieron perdonarle las sociedades secretas que se agitaban en las tinieblas de la noche impulsadas por un espíritu satánico. Para la revolucion, que ya se dejaba entrever, poco importaba por el pronto las formas de gobierno: su punto de partida, su objeto principal era la ruina de la Santa Sede y la perversion de los pueblos. Lo demás habia de venir por sus pasos contados.

Á consecuencia de la persecucion de Napoleon, el P. Cappellari, como los demás religiosos, tuvo que abandonar la tranquilidad de la celda monacal; y cuando, proclamado Pio VII, Roma gozó nuevamente de tranquilidad y las comunidades religiosas volvieron á reunirse, el P. Cappellari, que fiel observador del carácter de la revolucion pudo perfeccionar su obra, la dedicó al emperador de Rusia, en lo que demostraba su espíritu verdaderamente católico. Si hubiese deseado proteccion, si hubiese entrado en sus cálculos obtener honores ó dignidades, hubiese dirigido la dedicatoria al Sumo Pontífice, puesto que en defensa de sus derechos y autoridad habia sido escrita, ó bien á algun eminentísimo purpurado. Pero ¿qué podia esperar de un emperador cismático? Claro es que al dedicarle su obra no tenia otro objeto que ver si por este medio podia conseguir abrir sus ojos á la luz de la verdad católica. El Czar leyó la obra, reconoció el gran mérito de su autor, y lo recomendó á Leon XII, que ya por aquel tiempo ocupaba la cátedra de san Pedro. El Santo Padre atendió á la recomendacion; hizo examinar la obra por los mas sábios varo-

(1) Prov. VIII, 15.

(2) Rom. XIII.

nes de la corte romana, y convencido de su mérito, llamó al autor, al que felicitó por su trabajo, y poco despues le nombró cardenal de la santa Iglesia. «Este solo hecho, dice un biógrafo de Gregorio XVI, califica todo el mérito de la obra de Cappellari. La recomendó un cismático, y el Papa la premió con un capelo. ¿Qué tal será ella? Si Leon XII la hubiera premiado sin ninguna excitacion extraña, dirian los enemigos de la Santa Sede que el premio era interesado; pero premiarla por la recomendacion de un cismático vale tanto como decir: La verdad estampada en esta obra triunfó de mí; mas yo no puedo confesar este triunfo concediéndole un premio sin perjuicio de mis creencias: tú que puedes verificarlo sin perjuicio de tu autoridad, y que ahora por ella debes hacerlo, ahí la tienes; yo te la recomiendo. ¡Grande triunfo!»

Los jansenistas experimentaron un gran disgusto, y no podian disimular su rabia al ver á su valeroso combatiente adornado con la sagrada púrpura: verdad es que no le oian proclamar obispo; pero miembro ya del sagrado Colegio, podia llegar á ocupar la silla de san Pedro, y conociendo la energía de su carácter, no podian menos de temblar.

El aprecio que Leon XII profesaba al P. Cappellari por su sabiduría y virtudes lo dió á comprender por las siguientes palabras que dirigió al consistorio al tiempo de declararle cardenal: «Recomendable por la pureza y la austeridad de sus costumbres y por sus conocimientos en materias eclesiásticas, ha desempeñado diariamente tantos trabajos en favor de la Santa Sede, que hemos creido deber recompensar con el cardenalato sus desvelos, su adhesion y su celo.» El mismo Leon XII le confió cargos importantísimos, entre ellos el de prefecto de la Propaganda, lugar que siempre ha sido concedido á los mas sábios purpurados por la importancia que tiene.

Cuando aquel Pontífice descendió al sepulcro, ya se pensó en el cardenal Cappellari en el conclave en que fue elegido Pio VIII. Mr. de Chateaubriand, embajador á la sazón de Francia en Roma, le propuso en nombre de su nacion, y decia de él: «Es un hombre de vasto saber, de eminente virtud, y que comprende su siglo.»

Ya vimos en el anterior capítulo cuán breve fue el pontificado de Pio VIII. Una circunstancia bastante propicia se presentó á la revolucion para llevar á cabo los planes de que antes hemos hablado. Las sociedades secretas, extendidas ya en unos países y que trabajaban por infiltrarse en otros, se hacian cada vez mas osadas, y se iban despojando de la máscara con que hasta entonces se habian encubierto. La Iglesia volvió á hallarse viuda. El trastorno era general, y la revolucion quiso caer sobre Roma, apoderarse del dominio temporal, dispersar á los cardenales, y evitar por este medio el que se nombrase un nuevo Papa. Esto era destruir el Catolicismo. ¿Podrian conseguirlo?

De ningun modo.

La barquilla podrá experimentar terribles tempestades, pero no puede sumergirse.

El Pontificado sufrirá en todo tiempo batallas; pero subsistirá siempre, y triunfará de todos los poderes de la tierra, de todos los que se propongan exterminarlo.

¿Qué nos dice la historia de diez y ocho siglos?

Que no pudieron destruirle todos los esfuerzos de los emperadores que vertieron la sangre de un gran número de Pontífices.

Ni los herejes que suscitó el infierno en diversos siglos.

Ni los monarcas que se propusieron en su loco orgullo concluir con él.

Ni la revolucion del siglo XVI, á cuya cabeza se puso el desventurado Lutero, que enarboló el estandarte del protestantismo.

Ni la escuela enciclopédica del siglo XVIII, que ya creyó consumada su obra.

¿Y por qué?

Porque el Pontificado es obra de Dios sostenida por su dedo, y el dedo de Dios no se mueve como la caña agitada por el viento.

Sigamos nuestro relato.

La revolucion avanzaba á pasos agigantados. Los carbonarios habian determinado que en un mismo dia y á una misma hora se verificase un levantamiento en Parma, Módena, Bolonia y otras ciudades, reuniéndose despues todos los patriotas para marchar sobre Roma. Reunidos en la Ciudad santa un considerable número de ellos, querian proclamar la república en la plaza Colonna ó en el pórtico de Octavio. Por una parte se anunciaba la entrada de los austriacos en las Marcas, y por otra el gobierno de Julio nada hacia en favor del orden como no fuera el dirigir amistosos consejos.

En tanto el conclave para dar sucesor á Pio VIII continuaba reunido.

Tal vez el cardenal que presentaba menos simpatías para ser elevado al solio pontificio era el que Dios tenia destinado para contener la marcha impetuosa de la revolucion y salvar la Iglesia. Los cardenales Justiniani y de Albani eran los mas favorecidos. El rey de España Fernando VII rehusó al primero, y la Francia al segundo. Sin tales vetos uno de los dos hubiese ceñido la tiara.

Las circunstancias eran apremiantes: el conclave duraba mas tiempo de lo que fuera de desear atendidos los trabajos de los revolucionarios, y justamente cuando las sociedades secretas desplegaban su bandera, todos los votos se reunieron en favor de un hombre dotado de un carácter dulce y conciliador, extraño á las influencias de las naciones y el mas á propósito seguramente para ocupar la Santa Silla en los dias de prueba por que pasaba. El 2 de febrero de 1831 fue aclamado papa el cardenal Mauro Cappellari, que tomó el nombre de Gregorio XVI, por la devocion que profesaba á san Gregorio *Magno*, en cuya casa habia tomado el hábito religioso y se habia educado.

Hé aquí el retrato que de este Papa hace un distinguido escritor católico (1):

«Nacido en el año 1765 en Belluna del reino Lombardo-Véneto, Mauro Cappellari debíalo todo á sí mismo: su familia poseia escasísima hacienda; mas como el cielo habia dotado al camaldulense con todos los dones de la inteligencia, pudo sin transicion pasar de la soledad al trono. Entre los resplandores de los apostólicos palacios conserva los humildes hábitos del claustro: sencillo siempre y siempre frugal, hasta rayar en austero, pero revestido con las armas de luz, llevará siendo pontífice la antigua vida de religioso. Teólogo profundo, orientalista distinguido, escritor que en varios libros ha proporcionado esplendentes triunfos á la Santa Sede y á la Iglesia, Gregorio XVI cimenta y afirma su obra haciendo que Roma y la Cátedra de Pedro triunfen con sus virtudes, por las cuales habia de quedar el campo libre, para que se ñorearan las de sus sucesores.

«Este Papa era de candidez seductora, y usaba dichos agudísimos. Justo

(1) J. Crétineau-Joly.

por lo tanto con todos, fue la iniquidad el horror de sus labios, y sagaz como si hubiese nacido diplomático, alegre y apacible como un niño y sincero como un mártir, en lo honesto buscaba lo útil... La inocencia de su alma acrecentaba los primores de su corazón.

«Tan lento en juzgar como pronto en obrar, agradábale conocer espontáneamente el mérito de los demás; pues en la ciudad de Roma, donde siempre viviera, ora como admirador ignorado, ora como protector supremo de las bellas artes y las letras, sentía algo parecido á la finura y sutileza del aire que experimentaron los antiguos en el recinto de Atenas. Otorgóle Dios la gracia de no padecer ninguna de las aficciones deparadas á los hombres que viven largos años; y en su ancianidad lozana, con su imponente actitud, jovial candor y majestuoso porte parecíase á aquellas rocas esculpidas por el cincel de los siglos, probando con su conducta, á pesar de cuanto han dicho los moralistas de todos tiempos, que es muy fácil empresa ser toda la vida el mismo hombre. Tal era el Pontífice que con su firmeza á la par que con su prudencia va á detener el vuelo de las revoluciones.»

El obispo de Espoleto, Mastai Ferretti, muy lejos de pensar en que estaba destinado para suceder á Gregorio XVI en el trono del Vaticano, continuaba desempeñando las funciones de su apostólico ministerio, captándose el amor de todos sus diocesanos por su caridad inagotable, don de gobierno y profunda humildad que hacia resaltar mas y mas sus bellísimas cualidades. Aquel varon que habia abierto los ojos á la luz del mundo cuando la mas horrorosa revolucion devastaba la capital de la Francia; que se habia mecido entre el ruido de las batallas intestinas; que habia llorado las aficciones de los sumos pontífices Pios VI y VII, y que veia muy cerca el resultado de los infatigables trabajos de las sociedades secretas, se fortalecia en su corazón, disponiéndose sin saberlo para apurar á su vez el cáliz de la amargura luego que fuese elevado á la altísima dignidad de Vicario de JESUCRISTO en la tierra.

Continuemos el bosquejo del pontificado de Gregorio XVI, señalado desde su principio con los grandes trastornos que agitaron á la Italia. El carbonarismo habia establecido su cuartel general en Bolonia. Cuando el nuevo Pontífice dictaba las mas oportunas disposiciones para contener los desórdenes de fuera, estalló la revolucion dentro de Roma, si bien no contaba con gran número de afiliados. Á no haber sido por la energía y prudencia del Papa, aquella chispa se hubiese convertido en devorador incendio. Siete dias despues de su advenimiento al solio pontificio, el 9 de febrero, dirigió á sus súbditos una alocucion llena de ternura, que sirvió para que algunos de los que se habian dejado seducir volviesen al cumplimiento de sus deberes separándose de los calumniadores de su soberano; y al mismo tiempo que tomó las mas prontas y eficaces medidas para contener la insurreccion y que volviese la tranquilidad á la ciudad, empezó á dispensar y conceder beneficios á sus súbditos para ganarse todos los corazones. Abolió en Roma varios impuestos con los que estaban recargados el comercio y la industria, y dictó otras diversas disposiciones no menos benéficas para el pueblo.

En vano el Gobierno de Julio buscaba pretextos para inmiscuirse en los negocios interiores de los Estados de la Iglesia, queriendo encontrarlo en que el Papa carecia de la fuerza necesaria para reducir á los insurrectos. Gregorio XVI se negó á admitir aliados, y sin necesidad de ajeno socorro su-

po conseguir que su autoridad fuese completamente restablecida antes de terminar el primer mes de su pontificado.

Sin embargo, la política francesa hizo su juego, y al fin, despues de obtenido el restablecimiento de la tranquilidad pública, la intervencion tuvo lugar. Hé aquí de qué manera el historiador francés Artaud de Montor nos da cuenta de estos hechos:

«Acogióse bastante bien en Francia una alocucion dirigida por el Sumo Pontífice á sus súbditos, entrados ya en las vias del orden; mas todos los órganos de la prensa liberal se desencadenaron con inaudita violencia contra un edicto expedido en 14 de abril de 1831 por el pro-secretario de Estado, T. Bernetti. Atacóse en todas sus partes ese edicto, tanto las comisiones, como la confiscacion y las restricciones puestas en él á la defensa, y comparósele con la horrible ley de los sospechosos en la época del terror. Asociándose el Gobierno á esos clamores, creyó de su deber invocar cerca del Papa los derechos de la humanidad. El Papa no debió agradecer mucho esos consejos, pues podia responder con razon que, á haberse tomado parte en apaciguar la insurreccion en sus Estados, hubiera sido mas oportuno recomendar á su clemencia á algunos de los rebeldes; mas que despues de haber contribuido, con el auxilio de los periódicos, de emisarios y de toda clase de medios de una propaganda revolucionaria, á atizar el fuego, no era regular que se quisiera impedir que se extinguiera. Mediaron muchas notas entre el embajador de Francia y el ministro del Papa respecto á la evacuacion de las tropas austriacas, manifestando el último algo intencionalmente, y no sin motivo, que el Padre Santo estaba dispuesto á acceder á los deseos expuestos por el Gobierno francés, si el rey Luis Felipe queria contribuir por medio de la poderosa influencia de una declaracion pública á la conservacion del reposo de la Italia y del orden en esta parte central de la Península; comprometiéndose en ese caso el Papa á pedir la evacuacion de las tropas austriacas en los primeros dias de julio de todas las Legaciones en que se hallaban concentradas. Finalmente, en 15 de julio de 1831 tuvo lugar la tan deseada evacuacion, la que anunció el Papa á sus súbditos en una proclama. El 31, en el acto de la apertura de las Cámaras, Luis Felipe se expresó en estos términos: «Como lo solicité, las tropas del emperador de Austria han evacuado los Estados romanos. Una amnistía real, la abolicion de las confiscaciones, cambios importantes en el régimen administrativo y judicial; tales son las mejoras que se aseguran á esos Estados, y que nos hacen esperar que no se turbará ya mas la tranquilidad, y que el equilibrio de la Europa se afirmará con el mantenimiento de su independencia (1).»

Rodeado de muchos lazos se vió el Pontífice. La democracia no podia avanzar con rapidez, y sus hombres concibieron la idea de que los reyes trabajasen en favor de su causa, es decir, se propusieron que la reyes muriese á manos de los mismos reyes. Despues del tiempo transcurrido, y cuando hemos visto caer uno tras otro los tronos que parecian mas firmes, y hasta el temporal del romano Pontífice, comprendimos lo bien meditado de los planes formados por la democracia. Á pesar del carácter firme y enérgico del papa Gregorio, se vió obligado, á causa de la intervencion extranjera, á hacer en sus Estados algunas reformas, entre ellas el establecimiento de consejos provinciales, cabildos municipales y estados expuestos al público. Pero en verdad

(1) Artaud de Montor: *Obra citada*.

no eran ninguna de estas reformas las que se apetecian, sino llevar la revolucion hasta los últimos lindes.

Al principiar el año 1832 el Papa se vió obligado á solicitar nuevamente la intervencion del Austria, á causa de la rebelion de Bolonia, donde se habia formado una guardia cívica, hallándose los ciudadanos dispuestos á resistir con las armas en la mano á las tropas que llegasen de Roma.

Austria contestó inmediatamente al llamamiento del Soberano Pontífice. Francia no vió con buenos ojos la solicitud del Austria por el Papa, y temerosa de que envolvese planes de conquista, dirigió una expedicion á Ancona, cuya poblacion no fue evacuada hasta 1838.

El papa Gregorio, cuya alma se hallaba contristada por los asuntos que hemos narrado, y porque conocia suficientemente lo mucho que adelantaban en sus planes las sociedades secretas, experimentó un nuevo dolor por aquel acto llevado á cabo por la Francia. El cardenal Bernetti calificó el hecho al dirigirse al conde Saint-Aulaire. «No, exclamó hablando al cuerpo diplomático; desde la época de los sarracenos no se habia visto cosa igual contra la Santa Sede.»

En honor de Gregorio XVI debemos decir que procuró para sus súbditos toda clase de mejoras, á las que correspondieron con la mayor ingratitud.

Si le consideramos ahora como Jefe supremo de la Iglesia, le observaremos atendiendo con celo extraordinario á la multitud de diversos asuntos, velando por los intereses de toda la cristiandad. Al ver que la Polonia trató de sustraerse de la dominacion de los rusos, escribió á los obispos de este país recordándoles el precepto de san Pablo, á fin de que permanecieran sumisos á los poderes constituidos.

No nos ocuparemos en este lugar de otros diversos asuntos exteriores, y solo diremos que á donde quiera que se cometia una injusticia llegaba la voz del Pastor supremo de la Iglesia.

Comunmente se acusa á Roma por no haber entrado en la via de los adelantos. En ninguna parte han prosperado tanto las bellas artes como en la capital del mundo cristiano, y los Papas han procurado embellecer aquella ciudad con las mejores obras del arte. Gregorio XVI no fue descuidado en este punto. Creó museos de antigüedades, dió impulso á los estudios públicos, y emprendió grandes y útiles obras en diferentes puntos de los Estados pontificios, y entre ellas la de preservar á Tivoli de los estragos que con harta frecuencia causaba el Anio. La basílica de San Pablo fuera de los muros de Roma quedó casi terminada en su reconstruccion al morir tan ilustre Pontífice. En cuanto á los errores, los buscó con santo celo hasta en sus últimas trincheras para perseguirlos.

Gregorio XVI pasó á mejor vida el 1.º de junio de 1846. Al dia siguiente de este acontecimiento el *Diario de Roma* se expresaba en estos términos: «La historia de la Iglesia hará honrosa mencion de los grandes actos de Gregorio XVI, pontífice tan sábio y piadoso, como firme y magnánimo. Quedará para siempre un grato y tierno recuerdo de su afabilidad, de su moderacion, de su clemencia, de su rectitud y de esa apacibilidad de alma tan difícil de conservar en medio de los grandes conflictos de nuestros tiempos.»

Necesario es que hagamos ahora un retroceso en nuestra narracion para ocuparnos de las relaciones que con este Pontífice tuvo el arzobispo de Spoleto, Mons. Mastai.

No eran por cierto días de paz para la Italia los de la elevacion al pontificado de Gregorio XVI.

La nueva revolucion de Francia acaloró los ánimos, y avivó aspiraciones que no se habian apagado todavía desde los acontecimientos europeos de 1789.

La insurreccion estalló en varios puntos de Italia, comprendidas algunas legaciones de los Estados pontificios; la provincia en que Espoleto está enclavada no pudo librarse del incendio.

En las épocas de ira se exhiben los espíritus formados segun la manse-dumbre evangélica. La templanza del Arzobispo de Espoleto se manifestaba en todas las ocasiones.

Llegó un dia aciago para el pueblo que regia. Una banda de insurrectos, dispersados y perseguidos por los austríacos, se presentó á las puertas de Espoleto pidiendo refugio y pan.

El Arzobispo sale de la ciudad, se presenta al general austríaco, y le suplica con efusion paternal detenga su marcha y se abstenga de seguir persiguiendo á unos pobres fugitivos, prometiéndole desarmarles por la persuasion.

El acento noble, la elocuencia pastoral, las lágrimas del venerable Prelado obtuvieron la gracia apetecida; la division austriaca se detiene, y el Arzobispo solo se presenta á los insurrectos.

«Hijos míos, les dice, yo os he salvado; los austríacos se han detenido ante mis ruegos; mi palabra ha sido el muro interpuesto entre sus bayonetas y vuestros pechos; empero yo he soltado una prenda, fiado en vuestra nobleza y reconocimiento; yo he prometido que, á la intimacion de mi palabra, pondríais las armas, y cesaríais de ser rebeldes á vuestro Pontífice y Rey.»

Era imposible resistir á la palabra que les habia salvado la vida; aquellas huestes exaltadas caen de rodillas ante el Prelado y exclaman: «Sea así; estamos á vuestras órdenes.»

El Arzobispo levanta sus brazos y les bendice.

Las huestes prorumpen en sinceras aclamaciones. Centenares de italianos acababan de ser salvados por la caridad pastoral.

Pro IX recuerda aun aquella escena, como uno de sus triunfos mas gratos.

Empero los insurrectos tenian cómplices en Espoleto; la policia austriaca los descubrió, y trató de castigarlos. Una larga lista de comprometidos fue formada, y el agente del Gobierno se presentó con ella al Arzobispo, del que esperaba la felicitacion. «Hé ahí, le dijo, monseñor, la lista de los comprometidos en las escenas de los dias pasados; yo os la presento por si V. Ilma. cree deber agregar á ella el nombre de algun culpable.»

El Arzobispo contestó sonriendo: «¡Ah! permitidme que os diga que no comprendéis mi ministerio ni el vuestro; cuando el lobo quiere tomar alguna oveja, nunca va á prevenir antes al pastor. ¿No soy yo el pastor de mi pueblo? ¿Debo yo acusar á mis ovejas? Á ver, dejadme esta lista.» El Arzobispo toma la lista de los sospechosos y la reduce á cenizas ante el agente.

Este suceso fue pronto conocido del papa Gregorio XVI, el que, segun muchos de sus biógrafos, no recibió la noticia con completo agrado; pues rindiendo justicia á la elevacion de intenciones y pureza impulsiva del Arzobispo de Espoleto, temió que, traduciendo los insurrectos por rasgo de simpatia lo que era un puro movimiento de la caridad, proporcionara lamentable aliento á la causa de la revolucion.

Gregorio XVI desde el Vaticano podia muy bien creerlo así, sobre todo si la escena le fue pintada con colores algo exagerados, porque desde cierta altura deben medirse las cosas con los principios de la mas severa lógica; sin embargo, en la vida práctica, en el contacto inmediato de los pueblos, la aplicacion oportuna de los sentimientos de misericordia, léjos de perjudicar, proporciona mil veces el triunfo de la justicia.

El Arzobispo de Espoleto, arrojando á las llamas la lista de sospechosos, obtuvo un título eficaz al reconocimiento de los comprometidos, y, por lo tanto, la autoridad de sus consejos, de sus amonestaciones y de su palabra se afirmó, poniéndose en el caso de dominar á los rebeldes con sencillas amonestaciones.

Mons. Mastai Ferretti era el hombre de Espoleto: las almas religiosas le veneraban porque siempre se le veia brillar en el santuario, dando ejemplo de devocion al clero; ocupar el púlpito y el confesonario; intervenir para la pacificacion de las discordias domésticas y populares: las almas indiferentes en religion y entusiastas por ideas políticas le querian tambien, porque veian en él al Prelado amable, indulgente, compasivo, misericordioso, que sin transigir con el error, ni legitimar injusticia alguna, nunca hacia oposicion por sistema; amaba hasta á los que no participaban de sus opiniones; y sobre los espíritus errantes derramaba la luz de la verdad, que, siendo hija de la paz, es en sí misma y por sí misma pacífica.

En cumplimiento de su deber, Gregorio XVI quiso oír las explicaciones del suceso de boca del Arzobispo, á cuyo efecto le llamó á Roma.

La acusacion no pudo menos de ser paternal. «Mons. Mastai habia cometido una falta, dice el abate V. Dumax, empero una de aquellas faltas que cometen los santos, y, sobre todo, que los santos no pueden evitar de cometer.» Nada mas fácil que la defensa de aquella falta por unos labios enardecidos por la inspiracion celestial del amor.

No se conocen los detalles de la conferencia de Gregorio XVI con el que estaba predestinado por Dios á sucederle; empero que ambos á dos debian quedar muy amigos, bien lo demuestran los hechos posteriores.

Mons. Mastai Ferretti fue trasladado de la silla de Espoleto á la de Imola, que, si bien no metropolitana como la primera, no obstante era mucho mayor su importancia, mayor si cabe en aquellas circunstancias por que atravesaba la Romanía, casi toda insurreccionada.

No podia esperarse un testimonio mas fehaciente de la aprobacion de la conducta del Arzobispo de Espoleto por Gregorio XVI.

El dia 17 de diciembre de 1832 Espoleto cesó de contar como á pastor propio al que preciosamente le habia legado Leon XII.

Espoleto se sumergió en la mas profunda afliccion, al paso que Imola se entregó á las expansiones del mas puro regocijo.

Cada despido costaba á aquel sensibilísimo varon un tormento incomparable. Su corazon es una nave provista de áncoras de oro que se agarran indisolublemente con los objetos que se le acercan, sean estos blando musgo, sean empedernidas rocas. Su alma es de los que se adhieren, y no se despegan sino abriéndose una herida.

La última bendicion episcopal dada por Mons. Mastai á los habitantes de Espoleto fue la nube que descargó un diluvio de lágrimas sobre aquel suelo, que, perdiendo á su pastor, se sentia profundamente desconsolado.

«Ningun obispo, dice Mr. de Saint-Albin, reprodujo con mas exactitud la figura conmovedora del buen Pastor, ninguno tuvo para las almas caidas y manchadas entrañas tan parecidas á las de santa Mónica por san Agustin, como el obispo Mastai Ferretti por su pueblo de Imola.»

En efecto, él quiso ya presentarse á su nueva grey rodeado de Ángeles de amor, que así deben considerarse las Hermanas de la Caridad. Estos querubines de la tierra, cuyas alas son el lienzo que enjuga todas las lágrimas y que venda todas las heridas, presagian el reinado de la misericordia, donde quiera que aparezca.

El Obispo encargó á las Hermanas de san Vicente de Paul el hospicio y otros establecimientos benéficos de la diócesis; creó luego un refugio para pecadoras arrepentidas, que confió al cuidado de las religiosas del Buen Pastor de Angers; hizo la instruccion asequible á los pobres de ambos sexos, y en todo se manifestó poseido de la mas paternal solicitud.

Las mejoras introducidas en la beneficencia y en la instruccion eran en gran parte sostenidas por sus particulares recursos, los que se hallaron pronto agotados, y no es extraño: sus intereses se hallaban quebrantados desde larga fecha; pues habia sido tan pródigo cuando su administracion de San Miguel, no siendo mas que canónigo de Santa María *in via lata*, que al ser nombrado arzobispo de Espoleto hubo de vender una pequeña posesion que le pertenecia, para hacer frente á los gastos de su institucion episcopal; por otra parte, ya hemos visto de qué manera fue pródigo en Espoleto.

Empero, él no atribuia importancia alguna al dinero, cuyo apego es uno de los mas insuperables obstáculos á la práctica de las obras de misericordia.

La caridad no calcula; ella no conoce el presupuesto; decreta dar siempre, y siempre da; el pobre, cuando trata de dar, es rico; pues raras veces la Providencia cierra sus arcas ante la letra que viene girada en nombre del amor, sobre todo si es la fe quien la libra y la firma.

Mucho debia ser sin duda el crédito que gozaba el Obispo de Imola ante el banquero celestial, porque con frecuencia providencialmente le eran pagadas las letras giradas en nombre de sus generosos sentimientos.

Un diocesano suyo de Imola se encontraba completamente apurado á causa de encontrarse insoluble de una cantidad cuyo pago era urgente; habia llamado á la puerta de varios amigos, y no habia podido encontrar en ellos el amparo que le era indispensable. Despues de muchas vacilaciones determina presentarse al Obispo.

«Señor, le dijo medio ruborizado, antes que perder mi honra, he querido atreverme á exponer francamente mi situacion, constándome la nobleza de sentimientos que os caracteriza; agobiado por una deuda que no puedo pagar, voy á perder mi crédito, y á hacer mas difícil ganar el pan con mi trabajo; me atrevo á suplicaros me salveis.

«Y bien, amigo, le dijo el Obispo, ¿qué cantidad necesitais?»

«Cuarenta escudos, señor.

«Os confieso que no están en mi poder, contestó el Obispo; empero no os afijais; tomad estos candelabros de plata, vendedlos, y sin duda sacaréis la suma que necesitais.»

Así fue; no obstante, el platero al que ofreció la venta el infeliz reconoció la procedencia de aquella alhaja; y hombre fiel que era se presentó á palacio antes de ajustar la compra, diciendo al Obispo:

«¿Tiene su ilustrísima conocimiento de haber sido sustraído de su casa algo?

«No, contestó el Prelado.

«Es que se me ha ofrecido la compra de un par de candelabros que yo he creído pertenecían á su ilustrísima.

«¡Ah! ya, contestó el Obispo; compradlos, amigo, no todo lo que sale de mi casa es robado.»

El platero penetró la filosofía del hecho, y para cerciorarse de ello cuestionó con prudencia al vendedor, quien al fin confesó que, teniendo necesidad de cuarenta escudos, se habia dirigido al Obispo, el que careciendo de dinero le habia entregado aquellos candelabros. Entonces el platero, que profesaba á Mons. Mastai la mas sincera veneracion, le entregó la cantidad necesitada; tomó los candelabros, los devolvió á su dueño, y le dijo: «Ilustrísimo señor, lo he descubierto todo; he dado yo los cuarenta escudos al caballero comprometido, y os devuelvo los candelabros; cuando podréis me devolveréis la cantidad prestada en vuestro nombre.»

Así la Providencia permitia que de vez en cuando se descorriera algo del velo que ocultaba las mas generosas acciones de aquel buen pastor.

Aun podrémos dar á conocer otro hecho que demuestra toda la caridad en que rebosaba el corazon del santo Prelado de Imola.

Era el carnaval de 1836.

El santísimo Sacramento se hallaba expuesto á la adoracion de los fieles en la santa iglesia Catedral, segun la piadosa costumbre de Italia y de los demás países católicos.

Ocultaba ya el sol la luz de sus dorados rayos, empezando á aparecer sobre la tierra las tinieblas de la noche.

Mons. Mastai, postrado ante la divina Eucaristía, elevaba al cielo el incienso de su oracion fervorosa; rogaba por sus diocesanos, y procuraba desagraviar al Señor de las grandes ofensas que en tales dias se le inferen.

De pronto hirieron sus oidos lastimeros ayes y gemidos que le hicieron suspender su oracion. Levantóse, y se dirigió al lugar de donde creyó salian aquellos lamentos.

Un espectáculo horroroso se presentó á la vista del virtuoso Prelado.

Cerca de una de las puertas de la Catedral, al pié de un pilar, un hombre de edad todavía juvenil se revolcaba en su propia sangre. Á consecuencia de un altercado habia recibido una puñalada. El infortunado, favorecido por las tinieblas de la noche, habia podido escapar de manos de sus perseguidores, y habia acudido á refugiarse en la casa de Dios; empero desfallecido habia caído en tierra antes de poder ganar el lugar santo.

El Prelado acudió en su socorro; pero en el mismo instante se encontró en presencia de unos hombres furiosos que dando gritos de rabia querian ensañarse nuevamente sobre su desgraciada víctima.

Otro hombre que no hubiese tenido el temple de alma del Arzobispo-obispo de Imola, hubiese huido ante aquel peligro; pero Mons. Mastai no conocia el miedo, y mucho mas cuando se trataba de ejercer un acto de caridad.

Léjos de huir, se interpuso entre la víctima y sus asesinos, y levantando la voz les dijo con energía: «¿Tendréis aun la brutal audacia de perseguir á este desgraciado hasta á los piés del Dios vivo? ¿No estais satisfechos con haberle herido, con haber vertido su sangre, que aun quereis beberla? Pensad que ya es mio: la casa de Dios es la mia. Idos.»

Parados y estupefactos quedaron aquellos hombres malvados á la presencia del Obispo, y no teniendo cosa alguna que oponer á sus razones, volvieron las espaldas y se retiraron en silencio.

Inmediatamente el Prelado acudió en socorro del herido, desempeñando con él los oficios de la Hermana de la Caridad. Levantó la cabeza del infortunado y la apoyó en sus propias rodillas, y registró la herida para ver su profundidad.

En aquel momento el jóven abrió los ojos y los fijó en el rostro de su bienhechor. Conoció que era el Obispo, y dos lágrimas que humedecieron sus mejillas demostraron la gratitud de su corazón.

El Prelado, que conoció que aquella vida se escapaba por momentos, aprovechó los que restaban para exhortarle al arrepentimiento de sus culpas y á la paciencia; y como manifestase señales de dolor, le bendijo y recibió su postrer suspiro, no sin derramar lágrimas de sentimiento, cual pudiera hacerlo una tierna madre por la pérdida del hijo de sus entrañas.

Este y otros muchos hechos semejantes, que forman el retrato del Obispo de Imola, contribuían á que se aumentase de día en día el amor que le profesaban sus diocesanos. Mas adelante veremos que á pesar de tantas virtudes tenía algun enemigo. Siempre los tuvieron los hombres virtuosos, para parecerse al Salvador del mundo, al que mas de una vez quisieron apedrearlo los mismos á quienes dispensaba sus mayores beneficios.

La fama de su caridad y de sus grandes virtudes penetró en el palacio apostólico, y Gregorio XVI creyó justo agregar al sacro Colegio de cardenales á un prelado tan eminente. Digno era en verdad de vestir la púrpura el pastor que tanta firmeza á la par que prudencia habia manifestado en los dias en que la Romanía habia sido víctima de agitaciones.

Es indudable que Dios en sus inescrutables juicios tenia reservado á monseñor Mastai para sentarse un dia en el trono de los sucesores del Pescador de Galilea, y para este efecto inspiró á Gregorio XVI la idea de elevarle al cardenalato.

Reservado *in petto* en el consistorio de 23 de diciembre de 1839, fue proclamado cardenal en 14 de igual mes del siguiente año 1840 (1). Sus diocesanos

(1) Nos parece oportuno lugar éste de dar una idea de la grandeza é importancia de la dignidad cardenalicia, que fue justamente conferida al Arzobispo-obispo de Imola.

La palabra *cardenal* se deriva de la latina *cardo*, esto es, *gozne*, porque así como, segun expresion de Eugenio IV, la puerta de una casa gira sobre sus goznes, así la Silla apostólica, que es la verdadera puerta de la Iglesia, se apoya en ellos. En un principio el nombre de cardenal no estaba reservado á los dignatarios que hoy lo llevan. Llamábanse obispos, sacerdotes y diáconos cardenales, los que gozaban de jurisdicción propia y ordinaria. Los sacerdotes y diáconos cardenales romanos desempeñaban acerca del Soberano Pontífice las funciones de consejeros; empero esta circunstancia no les daba ninguna superioridad respecto á los cardenales de otras Iglesias. Los siete obispos suburbicarios no tomaban asiento en los concilios sino atendiendo á su antigüedad; y solo mucho mas tarde este título fue reservado á los eclesiásticos que el Papa llamaba junto á su trono pontificio, para que le auxillaran con sus luces en la direccion de los negocios generales de la Iglesia.

De lo dicho se infiere que en Roma no podía haber cardenales obispos, puesto que solo el Papa ejerce allí la jurisdicción ordinaria. Probablemente hasta el siglo XI ó XII no se agregaron á la iglesia de Letran, silla principal de la jurisdicción pontificia, los siete obispos de las ciudades vecinas, que deben venir en determinados dias á aquella basilica para asistir al Papa ó celebrar en su presencia; fueron llamados obispos cardenales á causa del servicio inmediato que prestaban al Padre Santo en su principal iglesia. Ellos vinieron á sustituir á los antiguos obispos cardenales hebdomadarios de que hace mencion Estéban III en un concilio celebrado en Roma en 769. Tambien se les designa con los nombres de *Vicarii pontificis*,

celebraron con el mayor júbilo la distincion concedida á tan buen pastor, y cuantas personas le conocian no pudieron menos de aplaudir la justicia con que habia obrado el Santo Padre.

Tambien se alegraron los pobres huérfanos del hospicio de *Tata Giovanni*. Cuando alguna necesidad ministerial le hacia pasar á Roma, todos cuantos le habian conocido exclamaban, al verle atravesar en su carruaje las calles de la Ciudad eterna: «Hé ahí el futuro Papa; Dios nos lo dará.» No se engañaba el pueblo en sus pronósticos.

collaterales episcopi urbis, episcopi romani episcopi. Á esta dignidad son llamados los obispos de Porto y Santa Rufina, de Albano, de Sabina, de Tusculo, de Ostia y Velletri.

Los cardenales presbíteros eran los párrocos que poseían un título propio, diferenciándose de los de simples parroquias. Sabido es que en los primeros siglos de la Iglesia los diáconos tenían á su cargo la distribucion de las limosnas. Bajo el nombre de *diaconías* se establecieron lugares donde los pobres, los huérfanos y los ancianos eran recibidos. Cada region ó cuartel de Roma contaba su *diaconia*, y los catorce diáconos que ejercian tan delicado cargo, conocíanse con el título de *diáconos cardenales ó regionarios*. Los títulos de los diáconos cardenales de hoy radican en los oratorios ó capillas destinadas á satisfacer las necesidades espirituales de los fieles inscritos en las antiguas catorce regiones.

El número de los cardenales ha variado segun las circunstancias y situacion de la Iglesia. Hasta Honorio II se contaron veinte y ocho, cuyo número fué disminuyendo en términos de que bajo Nicolás III, en 1277, solo habia siete titulares; en 1331 aumentaron hasta veinte; y veinte y tres eran ya en 1378; hasta Leon X fueron veinte y cuatro; empero este Papa hizo subir á sesenta y cinco los individuos del Sacro Colegio; finalmente Sixto V, en su constitucion *Religiosa*, fijó el máximo á setenta cardenales, cuyos títulos son:

Cardenalatos presbiteriales de

San Eusebio.	Santa Praxedes.
San Martin del Monte.	Santa María <i>in via</i> .
San Agustin.	Santa Sabina.
San Marcelo.	Santa María <i>in ara celi</i> .
San Lorenzo <i>in Lucina</i> .	Santa Balbina.
Santa María de la Victoria.	Los doce santos Apóstoles.
San Bernardo en las Termas.	Santa Cruz de Jerusalem.
Santa María del Tíber.	San Quirico y santa Julietta.
San Lorenzo <i>in Palisperna</i> .	San Pancracio.
San Calixto.	San Sixto.
Santa María de la Paz.	San Crisógono.
Santa María de los Angeles.	Santa Prisca.
Santa Pudenciana.	Los cuatro Santos coronados.
San Clemente.	La Trinidad del Monte.
Santa María del pueblo.	San Juan <i>ante portam latinam</i> .
San Vidal.	San Lorenzo <i>in Damaso</i> .
Santa Inés <i>extra muros</i> .	Santa Susana.
Santos Juan y Pablo.	San Bartolomé de la isla.
San Alejo.	San Esteban.
Santa Cecilia.	San Onofre.
San Marco.	Santo Tomás <i>in passione</i> .
Santa Anastasia.	San Pedro <i>in vinculis</i> .
San Pedro <i>in Montorio</i> .	San Jerónimo de los esclavos.
Santa María de la Minerva.	Santa María <i>in Transpontina</i> .
Santos Nereo y Aquileo.	Santos Pedro y Marcelino.
San Silvestre <i>in capite</i> .	

Cardenalatos diaconiles de

Santa María <i>in via lata</i> .	Santa Agata <i>alla Suburra</i> .
Santa María <i>ad Martyres</i> .	San Adriano.
San Eustaquio.	Santa María <i>in Cosmedino</i> .
Santa María <i>in Aquira</i> .	San Jorge.
Santos Cosme y Damian <i>in forum</i> .	Santos Guy y Modesto.
Santa María <i>in portico</i> .	Santa María <i>in dominica</i> .
San Nicolás <i>in carcere</i> .	Santo Ángel <i>in pescheria</i> .

El nombramiento de cardenales tiene lugar en consistorio secreto; el Papa propone al sacro Colegio los nombres de los que quiere elevar al cardenalato, y declara que conserva uno

Necesariamente las relaciones de Mons. Mastai con el papa Gregorio XVI se estrecharon mas desde su elevacion á individuo del sacro Colegio. El Santo Padre le distinguia sobremanera y le consultaba en los mas graves asuntos del gobierno de la Iglesia.

Á pesar de esto, el Emo. Mastai Ferretti no estaba nunca en Roma mas que el tiempo preciso para evacuar sus negocios, y terminados, regresaba inmediatamente al seno de su rebaño.

¡Cuántos nuevos ejemplos de caridad, cuántas acciones heroicas se refieren del Prelado de Imola, efectuadas en el tiempo que medió desde su pro-

6 mas *in pectore*, esto es, que ha formado ya intencion de elevar á tanta dignidad, cuando sea hora oportuna, un número de sujetos cuyos nombres no revela; el Papa pregunta al *consistorio*: *Quid vobis videtur?* Luego se publica el decreto.

Hasta que los elegidos hayan recibido las insignias de su dignidad, no se ocupan en asunto alguno, ni reciben en visita á los individuos del sacro Colegio, á no mediar indulto apostólico.

El martes, jueves ó sábado siguiente al nombramiento, si el electo se encuentra en Roma, celébrase consistorio público, para recibirlo solemnemente. Los cardenales asisten con capa pluvial violada, y despues de prestados al Papa los homenajes de rito, acércase el nuevo elegido, descubierta la cabeza, colocándose inmediatamente del último cardenal presbítero; luego se postran ante Su Santidad, que al entregarles el capelo rojo les dice: *Ad laudem omnipotentis Dei et S. Sedis apost. ornamentum, accipe gaterum rubrum, insigne singularis dignitatis cardinalatus per quod designatur, quod usque ad mortem et sanguinis effusionem inclusive, pro exaltatione S. Fidei, pace et quiete populi Christiani, augmento et statu S. R. C. te intrepidum exhibere debeas in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti.* Amen. En seguida los nuevos cardenales prestan juramento de fidelidad.

En un consistorio próximo el Papa les cierra la boca diciendo: *Claudimus tibi os ut neque in consistoriis, neque in congregationibus, aliisque functionibus cardinalitatis sententiam tuam dicere valeas.* En el mismo consistorio, ó en otro, previa consulta al sacro Colegio, Su Santidad les devuelve la palabra. El Santo Padre les designa solemnemente el título que les corresponde, entregándoles el anillo presbiterial ó diaconil.

El concilio de Trento exige en los sujetos elevados al cardenalato las mismas cualidades que son necesarias para el episcopado, expresando el deseo de que el Papa los elija entre las mayores capacidades eclesiásticas del universo.

La dignidad de cardenal es la primera despues de la del Soberano Pontífice. Eugenio IV, apoyándose en que los cardenales participan de la gestion de los negocios de la Iglesia universal, coloca la dignidad cardenalicia hasta sobre la dignidad episcopal, bien que respecto á este punto se han hecho algunas observaciones.

Bajo el pontificado de Urbano VIII, los cardenales obtuvieron el tratamiento de *eminentisimos* y *reverendísimos*; fueles prohibido usar de otro título que el de su cardenalato, así como poner sobre su escudo coronas heráldicas: *Solo pileo, de pretioso Christi sanguine rubente insigniti*, segun decreto de Inocencio IX. Si bien los cardenales residentes en Roma se atemperan á estas disposiciones, el uso las ha dispensado en los que habitan fuera de la Ciudad eterna. Los cardenales presbíteros y diáconos, aunque no hayan recibido el órden correspondiente á sus títulos respectivos, ejercen en sus Iglesias titulares, aunque sean diaconiles, jurisdiccion casi episcopal. Tienen el derecho de visita, ofician y bendicen pontificalmente, confieren beneficios, y dan tonsura y órdenes menores á los oficiales de sus iglesias.

En 1159 el concilio III de Letran confió á los cardenales el privilegio exclusivo de nombrar el Papa.

Gregorio X estableció de una manera general que el conclave para la eleccion del Papa tuviera lugar en el palacio de la ciudad donde el Pontífice difunto residia con su corte. Así, por ejemplo, Urbano II fue elegido en Terracina, Calixto II en Cluny, Gregorio VIII en Ferrara, Clemente III en Pisa, Inocencio V en Arezzo, Juan XXIII, Benito XII, Clemente VI, Inocencio VI, Urbano V y Gregorio XI lo fueron en Aviñon. El papa Clemente VII fue el primero que ordenó que el conclave tuviera lugar en Roma aunque muriera fuera de aquella ciudad.

«Los cardenales, dice Barbosa, son los consejeros, los hijos del Papa, las lumbreras de la Iglesia, sus lámparas siempre encendidas, sus padres espirituales, sus columnas y representantes.»

En el siglo XV Pablo II les concedió usar la sotana y sombrero colorados, para recordarles que debian estar prontos siempre á derramar su sangre en defensa de la Iglesia, de la que vienen á ser por su dignidad el principal apoyo.

Pío IX, que ha demostrado no vestir en vano la sotana y el sombrero rojos, fue reservado *in petto* para tan alta dignidad en 1839, segun hemos dicho, y elevado á ella en 1840 con el título presbiterial de *los santos Pedro y Marcelino*.

mocion al cardenalato hasta su advenimiento al pontificado supremo! Quéde-se en buen hora para los grandes segun el mundo el enorgullecerse con sus honores y condecoraciones. Los grandes segun el espíritu de la religion no encuentran en sus dignidades y distinciones otra cosa que nuevos motivos de humillacion, porque persuadidos de lo transitorias que son todas las grandezas de la tierra, tan solo aspiran á las del cielo. Jamás hubo la menor variacion en el carácter, en la modestia ni en las costumbres de Mastai Ferretti. Tan afable y dulce se le encontraba siendo cardenal, como cuando simple capellan asistia en el hospicio de *Tata Giovanni* ó en San Miguel.

¡Cuántos ejemplos podríamos presentar ahora en confirmacion de la verdad que encierran las palabras que acabamos de escribir! Empero, no queriendo pecar ni de demasiado difusos ni de concisos en asuntos de tanta importancia, para conocer suficientemente la vida del angelical pontífice Pro IX señaláremos alguno escogido al acaso entre los muchos que pudiéramos citar.

Dijimos antes que, á pesar de sus reconocidas virtudes, de su ardiente caridad, de su exquisita prudencia, el Prelado de Imola no dejaba de tener algunos enemigos, suerte reservada á todos los hombres verdaderamente benéficos: debemos ahora añadir que su mayor deseo era hacer cesar estas animosidades contra él; ¡contra él que amaba á todos los hombres como hermanos, y que no tenia odio ni aun á los mas perversos! Con su dulzura consiguió atraer á sí á todos sus contrarios, excepto uno, para el que fueron inútiles todos los medios que puso en juego.

Era un magistrado de Imola.

La esposa de este funcionario público sentia sobremanera el odio que su marido profesaba al Obispo, y hasta el proceder inconveniente que muchas veces habia usado con él.

La virtuosa mujer buscaba un medio para dulcificar el carácter de su marido, y hacerle conocer cuán injusta era su conducta para con el venerable Prelado.

Estaba próxima á ser madre, y creyó esta ocasion la mas oportuna para conseguir la reconciliacion que tanto deseaba.—Si Mons. Mastai, se decia á sí misma, se prestase á ser padrino de la criatura que Dios me va á conceder, mi esposo disiparia sus prevenciones contra él; todo resentimiento concluiria en el lugar donde su eminencia contraeria el parentesco espiritual con el recién nacido y con nosotros.

Animada por tan caritativo pensamiento, se presentó al Prelado, que aprobó su proyecto. «Acepto voluntariamente, dijo Mons. Mastai, el ser padrino de ese hijo de bendicion. ¡Dichoso de mí si esto me sirve para hacerme un nuevo amigo!»

La buena señora creia conseguido su objeto, cuando tropezó con una nueva dificultad. El magistrado se negó á hacerle la proposicion al Obispo, exigiendo que él mismo lo solicitase si queria ser padrino.

La pobre señora, aunque con gran embarazo, lo puso en conocimiento del Prelado, el cual lleno de bondad le ofreció aprovechar la primera ocasion oportuna para hacerle la proposicion al marido.

Esta ocasion no se hizo esperar.

Al dia siguiente, el Prelado tuvo una reunion ó consejo para tratar de la administracion del hospicio de la ciudad. El magistrado no pudo excusarse de asistir.

Terminada que fue la reunion, el Obispo se dirigió á él, y con su bondad acostumbrada le dijo :

«—Querido conde, recibid mis felicitaciones: he visto ayer á vuestra esposa, la que me ha dado cuenta de vuestra comun dicha. Pronto se habrá aumentado vuestra familia con un nuevo hijo. Es una grande alegría que Dios os envia, á la que yo me asocio con todo mi corazon. Á propósito, ¿habéis ya elegido padrino?

«—Aun no, respondió friamente el funcionario.

«—¡Tanto mejor! replicó el Prelado con un acento de marcada benevolencia: tengo uno que presentaros... y ese soy yo.

«—¡Vos! ¡vos! jamás :» y faltando hasta á las reglas de la política y de la cortesía, volvió las espaldas al Obispo y se retiró.

Sintió sobremanera Mons. Mastai, no el desprecio hecho á su persona, sino el no haber podido ganar aquel corazon ulcerado por el odio; empero su caridad le persuadió que aun no estaba del todo perdido aquel negocio, y formó su resolucion de volver á la carga en ocasion oportuna.

Un mes despues de este suceso, el cardenal Mastai Ferretti se llamó Pro IX, y el magistrado de Imola recibió un billete concebido en estos términos:

«Rehusásteis por padrino de vuestro hijo al obispo de Imola; ¿aceptaréis al obispo de Roma?»

La respuesta no fue dudosa. Aquel hombre se dirigió inmediatamente á Roma, corrió al Quirinal, y arrojándose á los piés del Santo Padre se los regó con sus lágrimas.

Hé aquí de qué modo la caridad siempre paciente de Mons. Mastai sabia ganar todos los corazones.

Roma lloró la muerte de Gregorio XVI que, como dijimos á su tiempo, habia brillado por sus virtudes y por la santa energía que desplegara para combatir á los enemigos de la Iglesia y á los del poder temporal de la Santa Sede.

CAPÍTULO VIII.

ELECCION DEL SUMO PONTÍFICE PIO IX.

Las ceremonias que tienen lugar en Roma desde que muere un Papa hasta que es elegido el sucesor son dignas de saberse: por esta causa referiremos aquí las que tuvieron lugar al fallecimiento de Gregorio XVI.

El cardenal camarlengo de la santa Iglesia romana, que lo era el eminentísimo Tomás Riario-Sforza, se trasladó al Vaticano para hacer el reconocimiento del cadáver y los demás actos de costumbre. Esto efectuado, el eco de la gran campana del Capitolio anunció á la capital el triste acontecimiento, respondiendo todas las de la ciudad. El efecto producido en el buen pueblo romano fue una extraordinaria sorpresa, pues que generalmente se ignoraba la enfermedad del Santo Padre, y aun había muchas personas que ignoraban que estuviese enfermo.

Luego que se hizo el reconocimiento y la consignacion del anillo del Pescador, la guardia suiza acompañó á su casa á su eminencia el Cardenal camarlengo, el cual desde aquel momento quedó posesionado del Gobierno pontificio: á su tránsito los puntos militares le recibían con los honores debidos al Jefe del Estado.

Segun la costumbre, fueron puestos en libertad los presos por faltas leves.

En la noche del mismo dia 1.º de junio que, como hemos dicho, fue el del fallecimiento del Papa, el cardenal Micara, decano del sacro Colegio, reunió en su casa la primera congregacion de los cardenales jefes de órden, que todos se hallaban en Roma, asistiendo á esta reunion con el mismo cardenal Micara, jefe del órden de los obispos, el cardenal Fransoni, que lo era de los presbíteros, y el cardenal Tomás Riario-Sforza, del órden de diáconos, monseñor Corboli-Bussi, como secretario que era del sacro Colegio.

Trasladado en la misma noche el cadáver del Pontífice á la capilla Sixtina,

fue despues colocado en la del Santísimo Sacramento sobre un magnífico catafalco iluminado con numerosos hachones y rodeado de los guardias nobles. Allí permaneció los dias 2, 3 y 4 expuesto á la veneracion de los fieles, que acudian presurosos á visitar por última vez los restos inanimados de su amantísimo Padre.

El dia 5 dió principio el novenario fúnebre, al tiempo mismo que todas las iglesias de la ciudad conmemoraban las exequias por el alma del difunto Papa, siendo extraordinaria la concurrencia de fieles en todas ellas.

Pontificó el primer dia el cardenal Macchi, obispo de Porto, Santa Rufina y Civitavecchia, y subdecano del sacro Colegio, no habiéndolo hecho el decano por hallarse indispuesto.

En la noche del primer dia del novenario fueron trasladados al panteon del Vaticano lo restos mortales de Pio VIII, pues que es costumbre reservar hasta este dia el cadáver del Papa antecesor en un nicho cerca de la puerta donde está el vestuario de los cantores.

El segundo dia pontificó la misa el cardenal Lambruschini, ministro de Estado que habia sido del difunto Papa.

Aquel mismo dia al ponerse el sol debia darse sepultura á los despojos mortales del Santo Padre, y á este efecto se reunieron previamente en la sacristía del Vaticano los cardenales creados por el mismo, que eran casi todos (1).

Mientras se reunian los eminentísimos purpurados, el clero de la basilica, precedido de la cruz y acompañado de las guardias noble y suiza, y cantando el salmo *Miserere*, condujo el cadáver á la capilla del coro. Practicado este acto, acudieron los cardenales y con ellos los monseñores Pallavicino, mayordomo y prefecto de los sacros palacios apostólicos, y Médicis de Ottajano, ayuda de cámara á la misma capilla, donde cantado que fue el verso *In paradisum*, el ilustrísimo señor Tanara, patriarca de Antioquía y canónigo de la basilica, revestido de pontifical con capa pluvial y mitra, bendijo la caja de ciprés con la oracion acostumbrada, la roció con agua bendita y la incensó. En tanto que se decian las demás oraciones del Ritual fue colocado el cadáver en un paño encarnado con flama de oro, entretejido con terciopelo carmesí con franja tambien de oro, y todo en una caja de ciprés forrada de seda.

El cadáver se hallaba revestido de sotana blanca, alba, dalmáticas y demás ornamentos pontificios, inclusa la casulla encarnada, pálio, *fanone*, guantes, anillo, sandalias encarnadas y mitra. Cumplió el mayordomo la triste ceremonia de cubrir el rostro del Papa difunto con un velo blanco, cubriéndole igualmente las manos el ayuda de cámara con otro velo semejante.

Á los piés colocó el mismo mayordomo una bolsa de terciopelo que contenia otras tres mas pequeñas, una con medallas de oro, otra con las de plata y la tercera con las de cobre. Estas medallas representaban por el anverso el retrato del Pontífice y por el reverso los actos mas gloriosos de su pontificado. En esta misma caja se colocó un tubo con un pergamino donde estaban escritas las memorias del Papa difunto. Cerrada la caja, los cardenales

(1) No solamente están obligados á asistir á este acto todos los cardenales creados por el Papa difunto que se hallen en Roma ó hayan tenido tiempo de llegar á la ciudad, sino que costean el sepulcro en que ha de reposar perpétuamente luego que ocurra la muerte del Papa sucesor. Así se ve que son mas ó menos suntuosos estos sepulcros, segun que fueron en mayor ó menor número los cardenales creados por los Pontífices en cuya memoria se erigen. Terminado se halla, y por cierto es una bellísima obra de arte, el destinado á Gregorio XVI, que se colocará despues del fallecimiento del actual papa Pio IX.

creados por el finado hicieron entrega de ella á los canónigos, los cuales la colocaron dentro de otra mayor de plomo, sobre la que estaban esculpidas las armas del Pontífice, y una inscripcion con su nombre y el tiempo que vivió y reinó. Sellada esta caja con los del cardenal camarlengo, cardenal arcipreste, mayordomo y cabildo, fue puesta dentro de otra mayor de madera, siendo en seguida colocada en el nicho de que antes hemos hecho mencion.

«Entre todas las ceremonias con que es solemnizado el entierro de los Papas, dice un biógrafo de Gregorio XVI, esta es sin duda la mas triste. La presencia de aquellos eminentísimos purpurados que todos han debido su elevacion á la benevolencia del difunto, el acto de velarle las manos y el rostro por aquellos que le habian sido mas allegados en el servicio doméstico, la asistencia de todos los familiares, el triste significado de las oraciones que se recitan y demás ceremonias que se practican, el lugar mismo en que esto se verifica, que recuerda la gloria y magnificencia mayor con que tantas veces se habia presentado el difunto, dejando atrás á todos los reyes y príncipes de la tierra, la hora misma en que derramándose sobre la tierra las sombras de la noche convida á la melancolía y á la meditacion sobre lo transitorio de las grandezas humanas, este triste conjunto hace que no pueda presenciarse sin lágrimas un acto en que van á desaparecer de la vista de los vivientes, para no reaparecer hasta el fin del mundo, los mortales restos de un hombre que poco há ocupaba la mas sublime dignidad y el punto mas eminente sobre la faz de la tierra. ¡Cuántos hombres, cuya gravedad les hacia parecer impasibles, y cuya grandeza de alma les hacia rayar en una insensibilidad estóica, no han podido menos de rendir el tributo de una lágrima al presenciar este acto fúnebre y religioso!»

Las siguientes misas del novenario fueron pontificadas por el orden siguiente:

El tercer dia, 7 de junio, el cardenal Ostini, obispo de Albano.

El dia 8, cuarto del novenario, el cardenal Castracane degli Antelminelli, penitenciario mayor.

El 9, quinto dia, el cardenal Mattei, obispo de Frascati y arcipreste de la basílica.

El 10, sexto dia, el cardenal Frasoni, prefecto de la Propaganda.

El 11 se suspendieron las exequias por haber caido en este dia la festividad del Corpus.

El 12, octavo del novenario, comenzaron los grandes funerales, que segun costumbre han de celebrarse, no ya en la capilla Sixtina, como en los demás dias, sino en la basílica patriarcal Vaticana. Este dia pontificó el cardenal Barberini, echando junto al túmulo los cinco responsos acostumbrados los cardenales Macchi, Lambruschini, Ostini, Castracane, y el último el celebrante, asistiendo á esta fúnebre ceremonia los cardenales, prelados, el cuerpo diplomático y multitud de personas distinguidas, así nacionales como extranjeras, y un inmenso concurso de fieles.

El dia 13, último del novenario, pontificó la misa en la misma basílica y con la misma concurrencia del dia anterior el cardenal Serra-Cassano, y despues de la misa ocupó el púlpito el Ilmo. Sr. Rossani, pronunciando un bello discurso latino en el que hizo la apología del Papa difunto. Dijéronse en seguida los responsos, y con esto terminaron las exequias tributadas por el alma de aquel Pontífice ilustre que supo conservar en las grandezas del trono

la humildad del religioso, que protegió las ciencias y las artes, que combatió con energía las destructoras doctrinas de la impiedad, y que supo llevar con gloria el nombre que ya había distinguido á los mas ilustres sucesores de san Pedro.

Antes de fijar la atencion en el conclave reunido para dar un nuevo jefe á la cristiandad, insertarémos aqui el

Cuadro del personal del sacro Colegio al ocurrir el fallecimiento de Gregorio XVI en 1.º de junio de 1846.

ÓRDEN DE OBISPOS.

(Creados por Leon XII).

1. Luis Micara, capuchino, obispo de Ostia y de Velletri, decano del sacro Colegio, jefe del órden de obispos y legado de Velletri. Nació en Frascati el 12 de octubre de 1775, creado cardenal el 20 de diciembre de 1826. Perteneciente á los Estados de la Iglesia.

2. Vicente Macchi, obispo de Porto, Santa Rufina y Civitavecchia, subdecano del sacro Colegio y secretario del santo Oficio. Nació en Capo di Monte, diócesis de Montefiascone, el 31 de agosto de 1770, creado cardenal en 2 de octubre de 1826. Perteneciente á los Estados de la Iglesia.

(Creados por Gregorio XVI).

3. Luis Lambruschini, de la Congregacion de clérigos regulares de san Pablo, obispo de Sabina, secretario de Estado de Gregorio XVI. Nació en Génova el 16 de mayo de 1776, creado cardenal en 30 de setiembre de 1831. Perteneciente á Italia, Estados del rey de Cerdeña.

4. Pedro Ostini, obispo de Albano, prefecto de la sagrada Congregacion de obispos y regulares. Nació en Roma el 27 de abril de 1775, creado cardenal el 30 de setiembre de 1831, publicado en 11 de julio de 1836. Perteneciente á los Estados de la Iglesia.

5. Castrucio Castracane degli Antelminelli, obispo de Palestrina, penitenciario mayor. Nació en Urbino el 27 de setiembre de 1779, creado cardenal el 15 de abril de 1833. Perteneciente á los Estados de la Iglesia.

6. Mario Mattei, obispo de Frascati, arcipreste de la basílica Vaticana, secretario de Estado de Gregorio XVI en el ministerio de lo Interior. Nació en Pergola el 6 de setiembre de 1792, creado cardenal en 2 de setiembre de 1832. Perteneciente á los Estados de la Iglesia.

Todos se hallaban en Roma al ocurrir el fallecimiento de Gregorio XVI.

ÓRDEN DE PRESBITEROS.

(Creado por Pio VII).

1. Cárlos Oppizzoni (San Lorenzo *in Lucina*), arzobispo de Bolonia. Nació en Milan el 15 de abril de 1769, creado cardenal el 26 de marzo de 1804. Perteneciente á los Estados de Austria.

(Creados por Leon XII).

2. Cárlos Cayetano Gayrusck (San Marcos), arzobispo de Milan. Nació

en Clagedfurt, diócesis de Gurck, el 7 de agosto de 1769, creado cardenal el 27 de setiembre de 1824. Perteneciente al imperio de Austria.

3. Francisco Javier de Cienfuegos y Jovellanos (Santa María del *Popolo*), arzobispo de Sevilla. Nació en Oviedo el 14 de marzo de 1766, creado cardenal en 13 de marzo de 1826. Perteneciente á España.

4. Santiago Felipe Fransoni (Santa María *in Ara cæli*), prefecto de la Propaganda. Nació en Génova el 10 de diciembre de 1775, creado cardenal el 2 de octubre de 1826. Perteneciente á los Estados del Rey de Cerdeña.

5. Benito Barberini (Santa María *in Trastevere*), arcipreste de la archibasílica de Letran. Nació en Roma el 23 de octubre de 1788, creado cardenal el 2 de octubre de 1826, y publicado en 15 de diciembre de 1828. Perteneciente á los Estados de la Iglesia.

(Creados por Gregorio XVI).

6. Francisco Serra-Cassano (los doce Apóstoles), arzobispo de Capua. Nació en Nápoles el 21 de febrero de 1783, creado cardenal en 30 de setiembre de 1831, y publicado el 15 de abril de 1833. Perteneciente al reino de Nápoles.

7. Hugo Pedro Spinola (Santos Silvestre y Martin *ai monti*), prodatario de Gregorio XVI. Nació en Génova el 20 de junio de 1791, creado cardenal el 30 de setiembre de 1831, y publicado el 2 de julio de 1832. Perteneciente á los Estados de Cerdeña.

8. Santiago Monico (Santos Nereo y Aquileo), patriarca de Venecia. Nació en Risie, diócesis de Treviso, el 26 de junio de 1778, creado cardenal en 29 de julio de 1833. Perteneciente á Italia, imperio de Austria.

9. Santiago Luis Brignole (Santa Cecilia), comendador del título de San Juan *ante portam latinam*. Nació en Génova el 8 de mayo de 1797, creado cardenal el 20 de enero de 1834. Perteneciente á los Estados de Cerdeña.

10. Constantino Patrizi (San Silvestre *in capite*), Cardenal vicario, prefecto de la sagrada Congregacion de la residencia de los obispos. Nació en Sena (Roma) el 4 de setiembre de 1798, creado cardenal el 23 de junio de 1834, y publicado el 11 de julio de 1836. Perteneciente á los Estados de la Iglesia.

11. José Alberghini (Santa Prisca). Nació en la diócesis de Bolonia el 13 de setiembre de 1770, creado cardenal el 23 de junio de 1834, y publicado en 6 de abril de 1835. Perteneciente á los Estados de la Iglesia.

12. Pablo Polidori (Santa Práxedes), prefecto de la sagrada Congregacion del Concilio, abad comendador y ordinario de Subiaco. Nació en Jesi en 4 de enero de 1778, creado cardenal en 23 de junio de 1834. Perteneciente á los Estados de la Iglesia.

13. Plácido María Tadini (Santa María *in Transpontina*), carmelita descalzo, arzobispo de Génova. Nació en Montecalvo, diócesis de Casale, el 11 de octubre de 1759, creado cardenal en 6 de abril de 1835. Perteneciente á Cerdeña.

14. Ambrosio Bianchi (Santos Andrés y Gregorio *al monte Celio*), benedictino camaldulense, prefecto de la sagrada Congregacion de la Disciplina regular. Nació en Cremona el 17 de octubre de 1771, creado cardenal en 6 de abril de 1835, publicado el 8 de julio de 1839. Perteneciente á Italia, imperio de Austria.

15. Gabriel della Genga Sermattei (San Jerónimo de los Saboyanos), le-

gado de Urbino y Pésaro. Nació en Asís el 4 de diciembre de 1801, creado cardenal el 1.º de febrero de 1836. Perteneciente á los Estados de la Iglesia.

16. Luis Amat di San Filippo é Sorso (*Santa María in via*). Nació en Cagliari el 21 de julio de 1796, creado en 19 de mayo de 1837. Perteneciente á Cerdeña.

17. Ángel Mai (*Santa Anastasia*), prefecto de la Congregacion del Index. Nació en Schilpario, diócesis de Bérgamo, el 7 de marzo de 1782, creado cardenal el 19 de mayo de 1837, y publicado el 12 de febrero de 1838. Perteneciente á Italia, imperio de Austria.

18. Juan Soglia (los cuatro Santos coronados), obispo de Osimo y Cignoli. Nació en Casola Valsenio, diócesis de Imola, el 11 de octubre de 1779, creado cardenal el 12 de febrero de 1838, y publicado el 18 de febrero de 1839. Perteneciente á los Estados de la Iglesia.

19. Casimiro Falconieri Mellini (*San Marcelo*), arzobispo de Ravena. Nació en Roma el 17 de setiembre de 1794, creado cardenal el 12 de febrero de 1838. Perteneciente á los Estados de la Iglesia.

20. Antonio Francisco Orioli (*Santa María sopra Minerva*), franciscano. Nació en Bagnacavallo, diócesis de Faenza, en 10 de diciembre de 1778, creado cardenal el 12 de febrero de 1838. Perteneciente á los Estados de la Iglesia.

21. Antonio Tosti (*San Pedro in Montorio*). Nació en Roma el 4 de octubre de 1776, creado cardenal el 12 de febrero de 1838, y publicado el 18 de febrero de 1839. Perteneciente á los Estados de la Iglesia.

22. José Mezzofanti (*San Onofre*), prefecto de la sagrada Congregacion de libros de lenguas orientales. Nació en Bolonia el 19 de setiembre de 1774, creado cardenal el 12 de febrero de 1838. Perteneciente á los Estados de la Iglesia.

23. Felipe de Angelis (*San Bernardo alle terme Diocleziane*), arzobispo de Fermo. Nació en Ascoli el 16 de abril de 1792, creado cardenal el 13 de setiembre de 1838, y publicado el 8 de julio de 1839. Perteneciente á los Estados de la Iglesia.

24. Engelberto Sterkx (*San Bartolomé nell' Isola*), arzobispo de Malinas. Nació en Ofeu, diócesis de Malinas, el 2 de noviembre de 1792, creado cardenal el 13 de setiembre de 1838. Perteneciente á Bélgica.

25. Gabriel Ferretti (*San Quirico y Santa Julita*), prefecto de la sagrada Congregacion de Indulgencias y reliquias. Nació en Ancona el 31 de enero de 1795, creado cardenal el 30 de noviembre de 1838, y publicado el 8 de julio de 1839. Perteneciente á los Estados de la Iglesia.

26. Cárlos Acton (*Santa María della Pace*). Nació en Nápoles el 6 de marzo de 1803, creado cardenal el 18 de febrero de 1839, y publicado en 24 de enero de 1842.

27. Fernando María Pignatelli (*Santa María della Vittoria*), teatino, arzobispo de Palermo. Nació en Nápoles el 9 de junio de 1770, creado cardenal en 8 de julio de 1839. Perteneciente á Nápoles.

28. Juan María Mastai Ferretti (*Santos Pedro y Marcelino*), arzobispo-obispo de Imola. Nació en Sinigaglia el 13 de mayo de 1792, creado cardenal el 23 de diciembre de 1839, y publicado en 14 de diciembre de 1840. Perteneciente á los Estados de la Iglesia.

29. Hugo Roberto Juan-Cárlos de la Tour d'Auvergne Lauraguais (*Santa*

Inés extramuros), obispo de Arras. Nació en Anzeville, diócesis de Tolosa, el 14 de agosto de 1768, creado cardenal el 23 de diciembre de 1839. Perteneciente á Francia.

30. Gaspar Bernardo Pianetti (San Sixto), obispo de Viterbo y Toscanella. Nació en Jesi el 7 de febrero de 1780, creado cardenal el 23 de diciembre de 1839, y publicado el 14 de diciembre de 1840. Perteneciente á los Estados de la Iglesia.

31. Luis Vannicelli Casoni (San Calixto), legado de Bolonia. Nació en Amelia el 16 de abril de 1801, creado cardenal el 23 de diciembre de 1839 y publicado el 24 de enero de 1842.

32. Luis Santiago Mauricio de Bonald (Santísima Trinidad *al monte Pincio*), arzobispo de Lyon. Nació en Milnau, diócesis de Rodez, el 30 de noviembre de 1787, creado cardenal el 1.º de marzo de 1841. Perteneciente á la Francia.

33. Luis Altieri (Santa María *in Portico*). Nació en Roma el 17 de julio de 1805, creado cardenal en 1841. Perteneciente á los Estados de la Iglesia.

34. Pascual Gizzi (Santa Pudenciana), legado de Forli. Nació en Ceccano, diócesis de Ferentino, en 22 de setiembre de 1787, creado cardenal en 12 de julio de 1841. Perteneciente á los Estados de la Iglesia.

35. Federico José Schwarzenberg (San Agustín), arzobispo de Salzburgo. Nació en Viena (Austria), el 6 de abril de 1809, creado cardenal el 24 de enero de 1842. Perteneciente al Austria.

36. Cosme Corsi (San Juan y san Pablo), arzobispo de Jesi. Nació en Florencia el 10 de junio de 1798, creado cardenal el 24 de enero de 1842. Perteneciente á la Toscana.

37. Francisco de Paula Villadicani (San Alejo), arzobispo de Mesina. Nació en Mesina el 22 de febrero de 1780, creado cardenal en 27 de enero de 1843. Perteneciente á Sicilia.

38. Ignacio Juan Cadolini (Santa Susana), arzobispo de Ferrara. Nació en Cremona el 4 de noviembre de 1794, creado cardenal el 27 de enero de 1843. Perteneciente á Italia, imperio de Austria.

39. Antonio María Cadolini (San Clemente), clérigo regular de san Pablo, obispo de Ancona. Nació en Ancona el 10 de julio de 1775, creado cardenal el 19 de junio de 1843. Perteneciente á los Estados de la Iglesia.

40. Fabio María Asquini (San Estéban *al monte Celio*). Nació en Fagagna el 14 de agosto de 1802, creado cardenal el 22 de enero de 1844. Perteneciente á Italia, imperio de Austria.

41. Antonio María Casiano de Azevedo (Santa Cruz de Jerusalem), obispo de Sinigaglia. Nació en la diócesis de Aquino el 11 de diciembre de 1797, creado cardenal en 22 de enero de 1844. Perteneciente á Nápoles.

42. Nicolás Clarelli Paracciani (San Pedro *ad vincula*), obispo de Montefiascone y Corneto. Nació en Rieti el 12 de abril de 1799, creado cardenal en 22 de julio de 1844. Perteneciente á los Estados de la Iglesia.

43. Domingo Caraffa di Traetto (Santa María de los Ángeles), arzobispo de Benevento. Nació en Nápoles el 12 de julio de 1805, creado cardenal en 22 de julio de 1844. Perteneciente á Nápoles.

44. Lorenzo Simonetti (San Lorenzo *Pane et Perna*). Nació en Roma el 26 de mayo de 1789, creado cardenal en 22 de julio de 1844. Perteneciente á los Estados de la Iglesia.

45. Santiago Piccolomini (Santa Balbina). Nació en Sena á 30 de julio de 1795, creado cardenal el 22 de julio de 1844. Perteneciente á la Toscana.

46. Guillermo Enrique de Carvalho, patriarca de Lisboa. Nació en Coimbra el 10 de febrero de 1795, creado cardenal en 19 de enero de 1846. Perteneciente á Portugal.

47. Sixto Riario Sforza (Santa Sabina), arzobispo de Nápoles. Nació en Nápoles el 5 de diciembre de 1810, creado cardenal en 19 de enero de 1846. Perteneciente á Nápoles.

48. José Bernet, arzobispo de Aix, Arles y Embrun. Nació en Saint-Flour el 4 de setiembre de 1770, creado cardenal en 19 de enero de 1846. Perteneciente á Francia.

ÓRDEN DE DIÁCONOS.

(Creado por Pio VII).

1. Tomás Riario Sforza (Santa María *in Via Lata*), camarlengo de la S. I. R., archicanciller de la universidad de Roma. Nació en Nápoles el 8 de enero de 1782, creado cardenal en 10 de marzo de 1823. Perteneciente á Nápoles.

(Creado por Leon XII).

2. Tomás Bernetti (San Lorenzo *in Damaso*), vicedanciller de la S. I. R. Nació en Fermo en 29 de diciembre de 1779, creado cardenal el 2 de octubre de 1826. Perteneciente á los Estados de la Iglesia.

(Creados por Gregorio XVI).

3. Luis Gazzelli (San Eustaquio), prefecto del buen gobierno. Nació en Terni el 18 de marzo de 1774, creado cardenal el 30 de setiembre de 1831, y publicado el 2 de julio de 1832. Perteneciente á los Estados de la Iglesia.

4. Adriano Fieschi (Santa María *ad Martyres*). Nació en Génova á 7 de marzo de 1788, creado cardenal el 23 de junio de 1834, y publicado el 13 de setiembre de 1838. Perteneciente á Cerdeña.

5. Luis Giacchi (San Ángel *in pescheria*). Nació en Pésaro el 16 de agosto de 1788, creado cardenal el 12 de febrero de 1838. Perteneciente á los Estados de la Iglesia.

6. José Ugolini (San Adrian *al foro romano*), legado de Ferrara. Nació en Macerata á 6 de enero de 1783, creado cardenal el 12 de febrero de 1838. Perteneciente á los Estados de la Iglesia.

7. Francisco Javier Máximo (Santa María *in Domnica*), legado de Ravena, romano. Nació en Dresde el 26 de febrero de 1806, creado cardenal el 12 de febrero de 1838, y publicado el 24 de enero de 1842. Perteneciente á los Estados de la Iglesia.

8. Juan Serafini (San Vito y san Modesto). Nació en Magilano de Sabina el 15 de octubre de 1786, creado cardenal el 27 de enero de 1843. Perteneciente á los Estados de la Iglesia.

Componíase, pues, el sacro Colegio de

Cardenales del orden de obispos.	6
id. del orden de presbíteros.	48
id. del orden de diáconos.	8
	<hr/>
Total.	62
	<hr/>

De ellos se hallaban en Roma al ocurrir el fallecimiento del Sumo Pontífice todos los cardenales del orden de obispos. Faltaban del orden de los presbíteros los cardenales Cienfuegos, Fransoni, Barberini, Spinola, Monico, Patrizi, Alberghini, Polidori, Bianchi, Amat di San Filippo, Mai, Orioli, Tosti, Mezzofanti, Ferretti (Gabriel), Acton, Altieri, Gizzi, Asquini y Simonetti; y del orden de diáconos los cardenales Ciacchi, Ugolini y Máximo.

Durante los días en que se celebraron los funerales del Papa difunto, los cardenales, luego de terminadas aquellas funciones religiosas, tenían las congregaciones acostumbradas en estos casos para prevenir y arreglar todas las cosas necesarias para el próximo conclave. En ellas se confirmó en su cargo á todos los magistrados y oficiales de Roma y de los Estados pontificios; se eligió confesor del conclave, nombrándose médicos para el mismo; se sortearon las celdas que habian de ocupar los purpurados, y los maestros de ceremonias no participantes exhibieron los breves en que se les facultaba para entrar en conclave, y por último se eligieron los sirvientes, como asimismo los diputados para la clausura y limpieza, arreglándose en la última de estas congregaciones otros puntos de menos importancia.

Parécenos oportuno, antes de pasar adelante en nuestra narracion, dar aquí algunas noticias acerca de la eleccion de romano Pontífice y de los conclaves para inteligencia de aquellos lectores que puedan ignorarlas. Por espacio de mas de once siglos las elecciones se hicieron por el clero y el pueblo. Como quiera, pues, que se hubiese aumentado considerablemente el número de los eclesiásticos que acudian á la asamblea, y que fuese necesario evitar funestas influencias, se redujo el derecho de asistir á la eleccion á solo los cardenales, en atencion tambien á la grande importancia que en el siglo XII, que fue en el que se hizo esta reforma, habia adquirido el colegio de cardenales. Principió esta costumbre en la eleccion de Inocencio II (1130), y se estableció como ley en el concilio III de Letran celebrado en 1179, no obstante que ya desde los tiempos de Pascual II (1099-1118) si bien el resto del clero romano no estaba excluido de asistir á las elecciones, los cardenales eran los que ejercian mas influencia y casi hacian la eleccion pontificia. Elegido Inocencio II canónicamente en la fecha que dejamos citada, los partidarios de D. Pedro de Leon, nieto de un ju-
dío poderoso convertido, eligieron á aquel, que tomó el nombre de Anacleto, el cual con su sucesor Víctor sostuvieron el cisma mas de ocho años, durante cuyo tiempo los cardenales estuvieron siempre de parte del legítimo Pontífice. Con este precedente se observa que desde entonces solo tomaron parte en las elecciones los cardenales, sin que para nada se mezclase en ellas el resto del clero de Roma. Las disposiciones del citado concilio III de Letran fueron:

- 1.^a Que solo los cardenales fuesen admitidos á la eleccion del romano Pontífice.
- 2.^a Que no se tuviese por canónicamente elegido sino el que reuniese las dos terceras partes de votos.

3.^a Que el elegido por menos número que aceptase el pontificado y los que le favoreciesen fuesen excomulgados.

Estas sábias disposiciones pusieron un remedio á los cismas que con lamentable frecuencia se habian repetido, pues se observa que desde que la eleccion fue reservada á los cardenales, á pesar de haber transcurrido unos se-
tecientos años, no ha habido mas cisma que el de Aviñon, para cuyo progreso hubo causas especiales, bien conocidas de los que han leído con detenimiento la historia de la Iglesia. No hacemos mencion tampoco del antipapa Félix V, porque aquella eleccion la hicieron los obispos cismáticos del concilio de Basilea, sin que tuvieran cooperacion alguna los cardenales.

Otro de los males que eran de temer á la muerte de los Sumos Pontífices era la dilatada orfandad de la Iglesia. Cuando acaeció el fallecimiento de Clemente IV (1268) duró la vacante de la Santa Sede cerca de tres años, por lo cual el inmediato sucesor Gregorio X convocó en 1274 el concilio segundo de Lyon, ganoso de evitar que en lo sucesivo durasen tanto tiempo las elecciones. En efecto, aquella asamblea decretó las siguientes disposiciones:

1.^a Que los cardenales presentes aguardasen á los ausentes tan solo diez dias.

2.^a Que se encierren en el palacio donde murió el romano Pontífice en *conclave* con un solo familiar seglar ó eclesiástico, á no ser que tuviese absoluta necesidad de ser asistido por dos.

3.^a Que habiten todos en comunidad, sin haber pared intermedia.

4.^a Que á nadie sea lícito llegar hasta los cardenales, ni recibir estos recados ni esquelas, bajo pena de excomunion.

5.^a Que si alguno saliese del conclave, sino por causa de enfermedad, no pueda volver á entrar.

6.^a Que reciban los alimentos por un torno preparado al efecto.

7.^a Que si no han hecho la eleccion á los tres dias, en los cinco siguientes no se les sirva mas que un solo manjar á la comida y cena; y si tampoco en ellos la hubiesen verificado, continúen en adelante á pan y agua.

Con tan acertadas disposiciones y otras reglas que se establecieron en adelante se hace muy difícil que se dilate por mucho tiempo la eleccion.

Algunas variaciones han sufrido estos reglamentos. Clemente VI permitió que hubiese tabiques de separacion en lo interior del conclave, y modificó algun tanto el rigor en cuanto á los alimentos. Por último, el papa Gregorio XV por su bula *De electione romani Pontificis*, dada en marzo en 1621, arregló definitivamente el orden y la disciplina del conclave, tal como existe al presente.

Hecha la distribucion de celdas, los cardenales creados por el último Papa mandan cubrir las suyas de estameña morada, y los de creacion anterior de estameña verde. Ciérranse todas las entradas de aquel recinto, no quedando practicable mas que una puerta que sirve para introducir á los cardenales que van llegando luego de empezado el conclave ó para franquear la salida á los que pudiesen verse en la precision de salir antes de la eleccion. Esta puerta se cierra con cuatro llaves. Distribúyense en este recinto ocho tornos, por medio de los cuales se hace pasar á los cardenales el alimento diario y los demás objetos que puedan necesitar, siendo todo reconocido por los guardias.

Como quiera que deba haber un especial cuidado en la conservacion del orden público durante la celebracion del conclave, para que ningun movimien-

to exterior pueda turbar las deliberaciones de la augusta asamblea, todas las tropas pontificias se hallan sobre las armas, convenientemente repartidas por los diferentes barrios de la ciudad. Por orden del Cardenal vicario, mientras dura el conclave todo el clero secular y regular va cada dia procesionalmente al Vaticano, cantando las Letanias y preces. Entonan en aquel templo el *Veni Creator*, y uno de los capellanes pontificios celebra misa del Espíritu Santo.

Los cardenales se reunen en la iglesia de San Silvestre, desde donde salen para dirigirse al Quirinal atravesando la plaza que está llena de tropa. Al anochecer el Cardenal decano manda tocar la campana del conclave, y se retiran todas las personas que no forman parte de él, ó que carecen de título para permanecer en el palacio. Este es el momento en que queda instalado el conclave. El Cardenal camarlengo, acompañado de los tres cardenales de los respectivos órdenes, visitan escrupulosamente todas las piezas del conclave hasta los últimos rincones para convencerse de que no existen dentro mas que las personas autorizadas para ello, que son, á mas de los cardenales, los conclavistas de los mismos, el sacristan y subsacristan del sacro Palacio, los maestros de ceremonias, el secretario del sacro Colegio, que lo es tambien del conclave, el confesor, dos médicos, un cirujano, un farmacéutico, cuatro barberos, treinta y cinco familiares, un albañil y un carpintero. Reconocidas que son todas las puertas, el maestro de ceremonias levanta auto en presencia de testigos. Á los tornos pueden presentarse para recibir audiencia los embajadores, el gobernador y el conservador de Roma. Si algun individuo del cuerpo diplomático tiene que comunicar alguna nota de su Gobierno, puede leerla á los cardenales que al efecto comisiona el Conclave, retirándose inmediatamente.

Cada dia los maestros de ceremonias advierten dos veces á los cardenales la hora de acudir á la capilla, pronunciando en alta voz estas palabras de Sixto IV: *Ad capellam Domini*. Delante del altar se halla colocada una mesa, sobre la que se ve una tabla en la que está escrita en grandes caracteres la fórmula del juramento que debe prestar cada cardenal separadamente en el acto de emitir su voto. Sobre esta misma mesa se colocan tambien dos cálices, dos bandejas y todo lo demás que es necesario para la operacion del escrutinio. Al frente están las sillas de los escrutadores. Los cardenales tienen delante otras mesas pequeñas con recado de escribir, para llenar las cédulas con sus votos.

Pasando en silencio, para no hacer demasiado difusa esta explicacion, otras varias particularidades, dirémos que generalmente la eleccion se hace por escrutinio, y en verdad que no creemos pueda haber nada mas formal que este modo de eleccion segun el reglamento de Gregorio XV.

Cada uno de los electores está provisto de cédulas impresas, cuya extension es de ocho pulgadas de longitud sobre cuatro de latitud, divididas en diferentes casillas desiguales, cada una de las cuales tiene su destino particular. En la primera casilla ó espacio el cardenal elector escribe su nombre: *Ego N. Cardinalis N.*, cuya inscripcion dobla y envuelve en el segundo espacio. En el tercero hay dos cuadrados que ocupan las extremidades, y en ellos pone dos sellos de cera. En el cuarto espacio escribe su voto, designando el nombre del sujeto á quien quiere elegir: *Eligo in Summum Pontificem reverendissimum dominum meum D. Cardinalem N.* El quinto espacio recibe los mismos sellos que el tercero, y el sexto sirve para la inscripcion de un lema

ó de un texto de la Biblia, ó de algun santo Padre. Aquí se dobla por la primera vez hácia bajo, quedando en blanco el último espacio.

Para el escrutinio se nombran tres escrutadores, á los que, cuando es necesario, se añade un número igual de enfermeros, que quedan encargados de ir á recoger el voto de los cardenales que hayan quedado enfermos en sus celdas. Los escrutadores son escogidos por suerte. Si hay enfermos, los escrutadores toman de la mesa del escrutinio una cajita destinada á recibir las cédulas de los mismos, las que se introducen por una abertura practicada sobre la tapa. Los escrutadores abren la cajita, muestran su interior para que todos vean que nada se contiene en ella, la cierran en seguida con llave y la entregan á los cardenales enfermeros. Concluida esta operacion si hay necesidad de hacerla, todos los cardenales presentes, uno á uno empezando por el decano, se dirigen á la mesa del escrutinio, toman una cédula de la bandeja, se dirigen á una de las mesas colocadas al rededor de la capilla, las escriben y la sellan. Luego que todos tienen llenas sus cédulas y dobladas, cada cardenal empezando por el decano toma la suya con dos dedos solamente, la levanta de modo que puedan verla todos los asistentes, se dirige hácia el altar, se arrodilla, hace una breve oracion, y poniéndose en pié pronuncia en alta voz el juramento escrito en la tablilla de que hemos hecho mencion (1), pone luego la cédula sobre la patena del cáliz y vuelve á su lugar. Abierta la cajita de los enfermos, si los hay, por los escrutadores, se comprueban las cédulas y se ponen á una en el cáliz.

Luego que todos los votos están extendidos y colocadas las cédulas en el cáliz, el primer cardenal escrutador las revuelve varias veces teniendo el cáliz ubierto con la patena, y en seguida las saca una despues de otra, contándolas para colocarlas en otro cáliz. Si el número de cédulas no fuese exactamente igual al de los cardenales, se queman todas inmediatamente sin necesidad de otra formalidad, y se da por terminado el acto, volviendo cada uno á su celda hasta ser llamados nuevamente *ad capellam*. Mas si están exactas, se procede inmediatamente al escrutinio. El primer escrutador saca del cáliz una cédula, la abre por medio en la parte en que está escrito el nombre del electo, la lee en voz baja, pasa la cédula al segundo escrutador que practica lo mismo, y este la entrega al tercero que es quien la publica. Cada uno de los cardenales, teniendo delante una lista con los nombres de todos los individuos del sacro Colegio, señala el voto publicado. Luego que se han abierto y publicado todas las cédulas por los escrutadores y anotados los votos por los cardenales, cada uno de ellos cuenta el número de votos obtenido por cada candidato, y lo escribe aparte en otro papel en esta forma: *Reverendissimus cardinalis N. N. habuit suffragia... Reverendissimus cardinalis N. N. habuit suffragia... etc.* Así que el cardenal escrutador va leyendo las cédulas las pasa con una aguja con hebra de seda por la parte en que está escrita la palabra *eligo*, y amarrando luego las dos puntas de la seda las coloca en otro cáliz que está sobre la mesa del escrutinio. Si hecha la publicacion y recuento de las cédulas resultasen en favor de una misma persona las dos terceras partes del número de los cardenales presentes al conclave, la eleccion se da por canónicamente concluida, é inmediatamente es declarado Papa el cardenal que ha reunido aquel número de votos. Empero si ninguno de los

(1) Hé aquí la fórmula del juramento: *Testor dominum, qui me judicaturus est, me eligere quem secundum Deum iudico eligi debere, et quod idem in accessu præstabo.*

candidatos ha reunido dicho número, las cédulas son entregadas á las llamas, y entonces se procede al *acceso*, que es otra especie de escrutinio con la sola diferencia que la palabra *eligo* se sustituye por la de *accedo*. En el *accedo* el elector no puede escribir el nombre que ha votado la primera vez, ni otro que en el primer escrutinio no haya obtenido á lo menos un voto, de suerte que en el *acceso* la votacion ha de rodar necesariamente entre los cardenales que aparecieron como candidatos en el primer escrutinio. Si tampoco resulta eleccion canónica, todo lo hecho se considera como no existente, y se vuelve á empezar de nuevo. Cuando en un escrutinio ó acceso un cardenal ha reunido las dos terceras partes de los votos, la eleccion queda canónicamente terminada, y falta tan solo llenar una formalidad. Se eligen por suerte tres cardenales diáconos, los que con el nombre de *recognitores* ó revisadores proceden á comprobar por última vez la regularidad y el valor de las operaciones practicadas, examinando si todas las cédulas se han confrontado y leído con exactitud, si se ha incurrido en algun error ó infidelidad en la publicacion de los votos, y hallándolo todo en regla, la eleccion se tiene por subsistente, y se queman todas las cédulas.

Á partir desde este momento, se acaba la obligacion del silencio, cesan las amenazas de excomunion, y el último de los cardenales diáconos toca una campanilla, y abriéndose las puertas del conclave, entran los maestros de ceremonia y el secretario del sacro Colegio, cerrándose nuevamente la capilla. El Cardenal decano y el camarlengo, acompañados de otro maestro de ceremonias y de varios testigos, se adelantan hacia el cardenal elegido y le preguntan si consiente en su eleccion por estas palabras: *Acceptasne electionem de te canonice factam in Summum Pontificem?* Respondiendo afirmativamente, le ruegan declare el nombre que quiere imponerse, y sabido el que ha elegido, se levanta auto con expresion de todas las circunstancias por el primer maestro de ceremonias.

Estos son los momentos mas solemnes. Hasta entonces todos los reunidos en la capilla eran iguales en jerarquía; pero ya hay uno que se eleva sobre todos los demás, uno ante cuya presencia doblarán la rodilla hasta los mismos reyes y emperadores: nadie hay sobre la tierra que le iguale, porque es en ella el representante de Dios. El elegido es acompañado al altar por los dos primeros cardenales diáconos, y de allí luego que arrodillado ha hecho una breve oracion, pasa detrás del altar donde es despojado de su traje de cardenal para revestirse de los ornamentos pontificios ya preparados desde la abertura del conclave (1). Consisten estos hábitos ú ornamentos en medias blancas, zapatos de terciopelo encarnado con una cruz bordada en su empeine, sotana blanca guarnecida de oro, cingulo con orlas tambien de oro, roquete, muceta, birrete, camauro y estola. Así revestido el nuevo Papa vuelve al altar y da su primera bendicion al sacro Colegio. Siéntase inmediatamente sobre la silla gestatoria, y recibe el besamanos y los abrazos de todos los cardenales segun el orden de su antigüedad. El camarlengo le coloca en el dedo el Anillo del Pescador, y el Pontífice lo entrega inmediatamente al maestro de ceremonias para hacer grabar en él el nuevo nombre que ha tomado.

(1) Al empezar el conclave se tienen preparadas tres vestiduras nuevas pontificales, acomodadas respectivamente á estaturas alta, baja y mediana, para evitar toda dificultad ni dilacion en revestir al nuevo Papa.

A todo esto sigue el anunciar al pueblo la buena nueva. El primer cardenal diácono precedido de su maestro de ceremonias, que lleva la cruz papal, sale al gran balcón que cae sobre la puerta principal del palacio, cuyas tapias, que mientras el conclave le cerraban, acaban de demolerse, y allí publica en alta voz la elección del nuevo Pontífice pronunciando estas palabras: *Annuntio vobis gaudium magnum. PAPAM HABEMUS eminentissimum ac reverendissimum dominum N. N. qui sibi imposuit nomen N.* En el instante resuena el cañon del castillo de San Angelo y todas las campanas de la ciudad que anuncian la gratísima noticia. El pueblo reunido en la plaza del Quirinal espera lleno de regocijo á su nuevo Padre y Soberano que salga al balcón para dispensarles su bendición apostólica, que la multitud recibe con el mayor recogimiento y respeto.

El mismo día de la elección el nuevo Pontífice revestido con capa y mitra recibe la segunda adoración de los cardenales, que le besan el pié y la mano, abrazándole dos veces cada uno.

No hablamos aquí de la coronación y de otras particularidades, porque habrémos de ocuparnos de ellas al hablar de la elección de Pio IX.

Continuemos ahora nuestra interrumpida narración acerca del conclave celebrado á la muerte de Gregorio XVI.

En tanto que tenían lugar los funerales de aquel Pontífice y que los cardenales presentes en la ciudad tenían las congregaciones de que hemos hablado, iban llegando á Roma sucesivamente varios de los cardenales que tenían su residencia fuera de la Ciudad eterna.

El día 14 se abrió el conclave. Por la mañana fueron los cardenales presentes á la basílica del Vaticano, donde, con asistencia del sacro Colegio, prelados y demás personajes de costumbre, pontificó el cardenal Macchi, subdecano, la solemne misa de *Spiritu Sancto*, y en seguida el Ilmo. Sr. Lucas Pacifici, canónigo de la basílica Liberiana y secretario de cartas latinas, pronunció un bellissimo y elocuente discurso sobre la importancia del acto que debia efectuar el sacro Colegio de eminentísimos purpurados.

Á las cinco y media de la tarde se reunieron nuevamente los cardenales en la iglesia de San Silvestre de los Padres de la Mision junto al Quirinal. Siguiendo las costumbres establecidas, de las que ya hemos dado cuenta, un maestro de ceremonias levantó la cruz papal y se dirigió al altar entre dos ostiarios de los llamados *de virga rubea*, y en seguida los capellanes cantores de la capilla pontificia entonaron el *Veni Creator Spiritus*, y cantada la primera estrofa, los cardenales salieron procesionalmente de la iglesia, y atravesando la plaza del Quirinal por entre cordones de tropa de línea, entraron en el palacio pontificio, donde todo estaba ya arreglado para la celebración del conclave. Un destacamento de dragones abria la marcha, y á pocos pasos una bandera de la guardia noble. Seguian luego los capellanes cantores pontificios y el maestro de ceremonias con la cruz vuelta hácia dentro, y detrás en medio de guardias nobles y de los suizos los cardenales con sus conclavistas en el orden siguiente:

DEL ÓRDEN DE LOS OBISPOS.

Vicente Macchi.

Luis Lambruschini.

Pedro Ostini.

Castruccio Castracane degli Antelmellini.

Mario Mattei.

DEL ÓRDEN DE LOS PRESBITEROS.

Cárlas Oppizzoni.	Gabriel Ferretti.
Santiago Felipe Fransoni.	Cárlas Acton.
Benito Barberini.	Fernando María Pignatelli.
Francisco Serra-Cassano.	Juan María Mastai Ferretti.
Hugo Pedro Spinola.	Gaspar Bernardo Pianetti.
Santiago Luis Brignole.	Luis Vanicelli Cassoni.
Constantino Patrizi.	Luis Altieri.
Ambrosio Bianchi.	Cosme Corsi.
Gabriel della Genga Sermattei.	Antonio María Cadolini.
Luis Amat de San Felipe y Sorso.	Fabio María Asquini.
Angel Mai.	Anton María Casiano de Azevedo.
Juan Soglia.	Nicolás Clarelli Paracciani.
Clarísimo Falconieri Mellini.	Domingo Caraffa di Traetto.
Anton Francisco Orioli.	Lorenzo Simonetti.
Antonio Tosti.	Santiago Piccolomini.
José Mezzofanti.	Sixto Riario Sforza.
Felipe de Angelis.	

DEL ÓRDEN DE LOS DIÁCONOS.

Tomás Riario Sforza.	José Ugolini.
Luis Gazzoli.	Francisco Javier Maximo.
Adriano Fieschi.	Juan Serafini.
Luis Giacchi.	

Detrás de los cardenales iban muchos prelados formando la comitiva. Los cardenales Micara, del orden de los obispos, decano; Alberghini, Polidori y Gizzi, del orden de los presbíteros, y Bernetti, del de los diáconos, no fueron en la procesion por el delicado estado de su salud, pero se hallaban anticipadamente en el palacio del conclave. Un inmenso pueblo en religioso silencio veia pasar á los eminentísimos purpurados, uno de los cuales seria muy pronto su padre y su rey. ¿Quién de entre ellos será elevado á la suprema dignidad? Solo Dios podia saberlo; pero no dejaban de hacerse cálculos. Unos fijaban la vista en el cardenal Lambruschini, cuya eleccion hubiese sido muy grata á todas las personas de orden, pues que en el desempeño de sus funciones como ministro de Estado del último Papa habia demostrado grandes dotes de mando y notable energía para sostener los derechos de la Santa Sede. Otros pensaban en el cardenal Gizzi, que con sus otros compañeros enfermos esperaba á las puertas del Quirinal la llegada de la augusta procesion, el cual habia adquirido alguna nombradía y muy alta reputacion en Bélgica y Lucerna, donde habia desempeñado las funciones de nuncio. Esta eleccion era deseada por el partido avanzado, porque decian que siendo legado en Forli habia dejado pasar con notable singularidad algunos desórdenes que hubiera podido sofocar al punto. Justa ó injusta la nota de liberalismo con que señalaban al cardenal Gizzi, ello es que, cuando reunido el conclave corrió por Roma la voz de que salia nombrado Papa, la noticia fue recibida con los mas vivos aplausos por todos aquellos que clamaban por reformas en el orden político. Finalmente, otros fijaban la vista en la figura venerable y simpática del cardenal

Titulos de los capitulos contenidos en las entregas que van publicadas de la presente obra.

<p>1.ª Entrega - Situacion del mundo al 1800. 2.ª Entrega - 3.ª Entrega - 4.ª Entrega - 5.ª Entrega - 6.ª Entrega - 7.ª Entrega - 8.ª Entrega - 9.ª Entrega - 10.ª Entrega -</p>	<p>1.ª Entrega - Situacion del mundo al 1800. 2.ª Entrega - 3.ª Entrega - 4.ª Entrega - 5.ª Entrega - 6.ª Entrega - 7.ª Entrega - 8.ª Entrega - 9.ª Entrega - 10.ª Entrega -</p>
--	--

Las entregas publicadas.

<p>1.ª Entrega - Situacion del mundo al 1800. 2.ª Entrega - 3.ª Entrega - 4.ª Entrega - 5.ª Entrega - 6.ª Entrega - 7.ª Entrega - 8.ª Entrega - 9.ª Entrega - 10.ª Entrega -</p>	<p>1.ª Entrega - Situacion del mundo al 1800. 2.ª Entrega - 3.ª Entrega - 4.ª Entrega - 5.ª Entrega - 6.ª Entrega - 7.ª Entrega - 8.ª Entrega - 9.ª Entrega - 10.ª Entrega -</p>
--	--

Las entregas que van a publicarse.

<p>11.ª Entrega - 12.ª Entrega - 13.ª Entrega - 14.ª Entrega - 15.ª Entrega - 16.ª Entrega - 17.ª Entrega - 18.ª Entrega - 19.ª Entrega - 20.ª Entrega -</p>	<p>11.ª Entrega - 12.ª Entrega - 13.ª Entrega - 14.ª Entrega - 15.ª Entrega - 16.ª Entrega - 17.ª Entrega - 18.ª Entrega - 19.ª Entrega - 20.ª Entrega -</p>
---	---

Titulos de los capitulos contenidos en las entregas que van publicadas de la presente obra.

PRÓLOGO.

CAPÍTULO I.— Situación del mundo al nacer Pio IX.

CAP. II.— Patria, familia y nacimiento de Pio IX.

CAP. III.— Relaciones del niño Juan María Mastai con el sumo pontífice Pio VI.

CAP. IV.— Pio VII.— Relaciones del joven Mastai Ferretti con aquel Pontífice.

CAP. V.— Leon XII.— Relaciones del abate

Mastai con aquel Pontífice.— Su elevación al episcopado de Espoleto.

CAP. VI.— Pontificado de Pio VIII.

CAP. VII.— Gregorio XVI.— Relaciones del arzobispo de Espoleto con aquel Pontífice.— Su traslación á la silla de Imola y elevación al cardenalato.

CAP. VIII.— Elección del sumo pontífice Pio IX.

Láminas publicadas.

PORTADA.— *Noli timere periculum; lignum te portat quod continet sæculum.* (AUG. ENAR. IN PSALM. CIII). No temas el pe-

ligro, la nave que te lleva sostiene y refrena el mundo.
Sinigaglia, patria de Pio IX.

Láminas que van á publicarse.

El niño Mastai orando con su madre por Pio VI.

El joven Mastai Ferretti pide consejo á Pio VII sobre su vocación.

El presbítero Ferretti despidiéndose de

los pobres del hospicio de *Tata Giovanni*.

El piloto Bako salva la embarcación en que iba Mons. Mastai Ferretti.